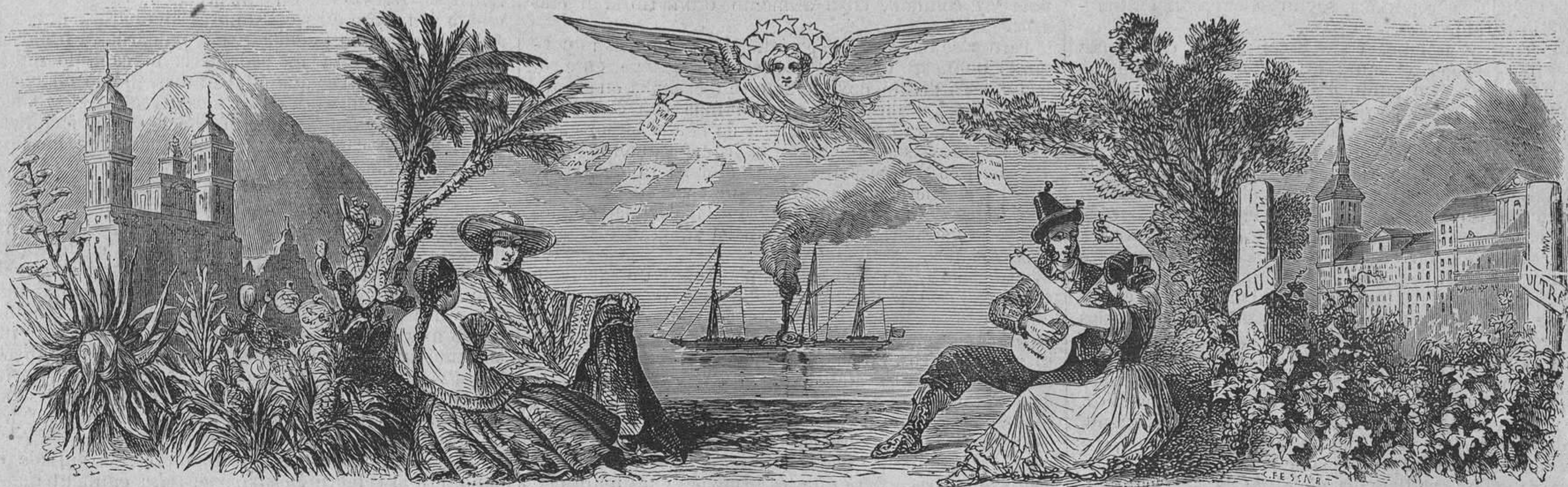


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXIX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 26. — N° 734.

## SUMARIO.

**Arqueología.** — Un hombre de historia. — Expedición de Corea; grabados. — Nuestra Señora de París; grabados. — Revista de París. — Alboradas. — La Resurreccion. — Terremoto en Argelia; grabados. — Revista de la moda. — Crichton. — El salvamento del « Arauca; » grabado. — « La Choza, » por A. Rolland; grabado. — La torre de los duques de Borgoña; grabado. — Incendio del Palacio de cristal de Sydenham; grabado. — La Marquesa de Pinars. — Diversiones del invierno en París; grabados. — El conde Agenor Goluchowski; grabado.

## Arqueología.

### BANQUETES ATENIENSES.

Si algun estóico se incomoda y tacha de frívolo el resultado de nuestros trabajos, le rogaremos que observe que una accion en que se ocupan todos los individuos de todas las naciones de la tierra trescientas sesenta y cinco veces al año, tiene una importancia intrínseca, harto digna de observarse, para justificar la resolucion que hemos tomado de examinarla en todos sus pormenores y bajo sus diferentes aspectos. Y para hacer mas meritorio nuestro trabajo, dirigiremos especialmente

nuestras investigaciones á la cocina de este pueblo celebrado por el doble culto que tributaba á la sabiduria y al deleite; pueblo, hijo de Minerva, dechado de los pueblos libres; padre de los Platones, los Alcibiades y los Sócrates. La civilizacion ateniense dejó en zaga (y eso nadie lo ignora) todas las civilizaciones que la sábia antigüedad vió nacer en su seno : detengámonos un poco en lo que hizo para el apetito y el estómago. Establezcamos nuestro gabinete de estudios cabe los hornillos del cocinero ateniense; reunamos á nuestro derredor al panadero, al tocinero, al vendedor de pescado, al licorista, al perfumador, y hasta á la ramilletera y la florista que tejian coronas para los convidados. Preguntemos á ese grupo de artesanos, y sepamos cómo se vivia entonces, qué goces debian á la gastronomía los



EXPEDICION FRANCESA A LA COREA. — Tipos indígenas.

Hombre del pueblo.

Arqueros con el uniforme de guerra.

Mandarin

Soldado del ejército regular.

Anacreontes y los Menandros, y de qué manera se cenaba después de haber asistido á la representación de una tragedia de Sófocles ó de una parodia de Aristófanes.

Sosipater, el poeta cómico, y el arquitecto Vitruvio pueden proporcionarnos algunos datos curiosos sobre la estructura de las cocinas de Atenas; mas no está aquí la cuestión. Pasemos en derecha al hecho: hablemos de los materiales constitutivos, de los elementos reales de la ciencia gastronómica, según se entendía en tiempo de Pisistrato.

Modernos y profanos como somos, solo conocemos dos ó tres especies de pan: los ingleses sobre todo se encuentran en este punto á una distancia enorme de los panaderos franceses y alemanes. En Londres el pan es un alimento secundario, admitido por condescendencia en las mesas aristocráticas. En Viena y Berlin es un manjar exquisito y apreciado. Mas la panadería se había elevado en las cercanías de la Acrópolis á una dignidad mucho mas importante todavía. La lista de las diferentes especies de pan y de las preparaciones diversas á que se daba esta variedad de designaciones, pasmaría á nuestros lectores. Según si se cocía la pasta por medio de cenizas calientes ó brasas, en un horno ó en el hogar, se atribuía á cada una de estas operaciones los nombres de *ipnites*, *escharites*, *apanthrakis*, *encruphias*. Había pan de mijo, de centeno, de arroz, de sésamo, y un pan moreno llamado *olyra*, de que, según refiere Homero, alimentaban los héroes troyanos sus caballos. El pan de cebada (*maza*) se distinguía cuidadosamente del de trigo (*artos*); la harina del primero, con que, sea dicho de paso, empolvaban las bellas canephoras (1) su negra cabellera, se llamaba *alphiton*; la del segundo, *alevron*; y la operación de amasar una y otra recibía también varias denominaciones. La harina no cernida se llamaba *syncomistos*; la cernida con esmero *semidalis*; la cernida con una tela de lana muy fina, *kresara* (2); ¡tanto gustaba la nación de los retóricos, gramáticos, filósofos y sofistas, de especificar las diversas cualidades con nombres distintos, y de consagrar las riquezas de su diccionario á los recursos de su cocina!

Pasemos ligeramente sobre el *chondrites*, el *tabyrtes*, que hincha los carrillos, como dice Aristófanes, el *dramis*, el *etnitas*, el *ericytas*, el *cyllastis* y una multitud de variedades de pan de cebada y de trigo. El pan de trigo se servía en la mesa sobre una capa de hojas verdes, y el pan de cebada sobre un lecho de juncos (3). Las primeras espigas de la cosecha servían para hacer el pan *thargelo*. Los dioses y las diosas tenían también sus tortas particulares: el *homoros* campeaba sobre el altar de las diosas del cielo; Hécate se contentaba con el *hemiarthio*, pan de forma semi-circular. Se daba á los niños el *collyra*, y los pobres comían el *panias*. Cuando un comilon ateniense había comido demasiadas anchoas y temía verse castigado con una dieta forzosa, pedía un pan *collabo*, de la forma de un clavo y hecho de flor fina de trigo nuevo; lo comía caliente con un pedazo de estómago de lechón, y sus facultades digestivas recobraban al momento su primera energía.

El *achainas*, pan consagrado á las fiestas de Ceres y Proserpina, estaba amasado con aceite, el *stetites* con manteca, el *meconis* con esencia de adormidera, el *encris* con aceite y miel. El *dypiro* ó dos veces cocido (bizcocho) se componía de harina y agua, cocido en el zumo, polvoreado con queso y mezclado con azafrán, pimienta y canela. Al frente de esa larga nomenclatura de panes de toda especie, se hallaba en fin el *cribanites*, pan blando, fácil de digerir, de sabor excelente, y el *escharites*, especie de panal jugoso. Linceo de Samos, que prefiere positivamente el mismo *escharites* al famoso pan de Atenas (*artos agoraïos*), afirma que esta composición hermosa era tan grata al paladar, que parecía excitar el apetito al mismo tiempo que lo satisfacía: sus discursos sobre esto son de una elocuencia expresiva, y traen el sello de una convicción íntima y personal.

No es extraño que una profesión tan honrada, como lo era la del panadero en Atenas, hubiese llegado á tan alta perfección. Tearion, el mas famoso panadero ateniense, vió su nombre campear en los inmortales diálogos del divino Platon; y Antifanes refiere que su tienda, donde había introducido nuevos modos de cocer y hacer pan, era el lugar de reunión de la gente mas principal.

Podríamos dedicar un largo capítulo á la pastelería ateniense, corolario y complemento necesario de la panadería; mas los abundantes materiales de nuestro trabajo nos obligan á no dar á este artículo mas que un corto lugar. Los atenienses conocían no solamente las tortas (*pemmata*), sino también las confituras (*plakountes*), y el manjar blanco (*traghemata*). Aristóteles, el padre de la crítica (4), se dió el trabajo de decirnos que, durante las representaciones escénicas, los pasteleros ofrecían á los espectadores sus géneros, y que el éxito de una pieza, es decir, el interés mas ó menos vivo que excitaba, estaba siempre en razón inversa del despacho de pastas que se hacía en el teatro. Así, durante una escena lánguida ó de poco interés, se vendían bien las tortas; mas si se echaba una pieza excelente, como por ejemplo el *Edipo*, las fruiciones del entendimiento hacían trascender los goces sensuales; y el númen del pastelero, víctima del númen trágico, veía despreciadas sus pastas.

Por lo regular se encargaba á las mujeres el componer las pastas, porque se creía que debía encargarse este oficio importante á una mano mas ligera y delicada. En fin, llegaba á tanto la prevision en esta parte, que se preparaban pedazos de pan fresco y apenas cocido para enjugarse los dedos los convidados. En seguida se tiraba esta singular servilleta debajo de la mesa para alimento de los animales domésticos. En Aristófanes se ve aparecer un personaje ridiculo, orgulloso, pobre y comilon, cuyo alimento ordinario eran esas *apomygdalias*.

Pero pasemos á una especialidad mucho mas importante. Delinearé el retrato del cocinero griego, ente selecto y casi divino, cuyo talento se ejercitaba en el santuario de los dioses y se confundía con el servicio pontifical. Para dar alguna idea de la alta importancia que se daba á sus funciones, citaré la siguiente carta que escribió Olimpias al conquistador su hijo, enviándole un cocinero. Notemos bien que en la época del recibimiento de esta epístola, Alejandro estaba ocupado en los afanes preparatorios que reclamaba su grandiosa empresa asiática.

« Querido hijo: Recibid de mis manos un excelente cocinero llamado Pelignas. Nadie mas versado que él en los ritos de los sacrificios. Conoce igualmente los que se practican en los misterios de Baco y al principiar los juegos olímpicos. En su consecuencia, espero que le tratareis con todas las atenciones posibles, y cuidareis de que no tenga que quejarse de ningún descuido. Enviadme, cuando gustéis, nuevas de vos. »

Ved ahí al cocinero de Atenas colocado evidentemente al lado del Jerofante (1). Suponedle un poco de erudición, y recordará que los príncipes y los héroes de Homero hicieron la cocina; que la destrucción de la antropofagia se debe á la invención del arte de cocer; recordará todo lo que Tales, Epicúreo, Aristóteles y la escuela jónica han podido objetar contra el sistema espiritualista, y encerrado en el santuario, á cubierto de las opiniones de los filósofos y de la autoridad de los pontífices, no tendrá que despreciar, ni aun que parar los dardos venenosos con que se complacen en acibillarle los poetas cómicos. Porque debemos decirlo; el cocinero era para el autor dramático antiguo lo que la familia inevitable de Tántalo y Atreo para los poetas trágicos franceses, lo que son los procuradores, los maridos y los médicos para nuestros autores de comedias modernas, lo que era el *clown* ó bufón para los contemporáneos de Shakspeare y el sempiterno gracioso para Calderon y Lope de Vega. Era el personaje de fundación, digámoslo así, de la comedia ateniense. Se le veía aparecer en ella, vestido con esmero, cuajado de bordados y de oro, hablando con ridiculo, perorando en tono sofisticado sobre la excelencia y la diversidad de los guisados. Establecía en términos escogidos la necesidad y la preponderancia de su arte; daba á conocer la necesidad de no confundir ni las estaciones, ni los ingredientes, ni el grado de cocimiento, ni aun las cualidades y las profesiones de los convidados. Manifestaba las relaciones íntimas que unen la ciencia de cocer á la astronomía, á la geometría, á la química, á la física, al álgebra, á la medicina, á la estadística, á la estratégica, y hasta á la metafísica. Discípulo de Cabanis antes de haberlo leído, precursor de Condillac, enseñaba de qué modo los sentidos del hombre influyen en su moral, y por qué misterio el estómago humano, centro de nuestras facultades físicas, determina todas nuestras afecciones. De ahí pasaba á un análisis mas profundo todavía, abrazando todos los medios de hacer coincidir las sustancias nutritivas, sea con las pasiones que poseemos ya, sea con las que se nos quieren inculcar; y demostraba en fin de qué modo un primer plato podía, por su arreglo sistemático y profundo, ser una lección de patología, el segundo plato un capítulo didáctico, el tercero una sátira encubierta contra los mismos convidados.

Por lo que acabamos de decir se conocerá fácilmente que el horizonte del cocinero griego no tenía límites, que en su arte era infinito. Nadie extrañará oír al mayordomo de Aristófanes exclamar que su arte es el mas excelente de todos:

« . . . Reanima mi lámpara que va á apagarse, Sibina. Quiero profundizar en esos tomos llenos de polvo, en esos volúmenes didácticos el tenebroso saber de los antiguos cocineros. Un hombre de mi clase desprecia el sueño, porque su reposo pierde al estado, que sus desvelos enriquecen. El es quien sabe derramar en el seno de su patria la paz, la alegría, la salud, la armonía, el que vierte en el estómago el olvido de todos los quebrantos, el que sostiene el comercio, el que crea los héroes. Tomemos por guías en esos puntos espinosos al profundo Zopirino y al famoso Actides; veamos cómo han resuelto estos dos sabios ese problema importante, tantas veces discutido; consultemos acerca de esto sus obras mas sábias: ¿qué tradiciones nos legaron los sabios? ¿Qué pensaban acerca de eso en Esmirna, en Corinto, en Samos, en Escione, en Creta?... (2) »

No solamente ocupaba el cocinero de Atenas en el teatro ese puesto elevado que justificaba un lenguaje tan magnífico; no solo era mirado con placer y constituía, con el comilon y el mercader de esclavos, uno de los héroes necesarios de la comedia antigua, sino que era tan viva y tan manifiesta la inclinación de ese pueblo sensual á los goces de la mesa, que sus poetas inventaron para agradaarle una ficción teatral, fundada enteramente en las delicias de la cocina, y que vino á ser una mina fecunda de creaciones dramáticas. Era

una tierra hecha de panecitos, una lluvia de licores, una granizada de dulces; la nieve y la escarcha no eran mas que miel y perfumes; en esa edad venturosa, todos los hombres estaban gordos, todas las tallas eran agigantadas; no se conocían el hambre y la sed; un apetito eterno preparaba eternos goces, y no se hacía mas que pasar de la cuna á la mesa, de la mesa del festín á la cama, y de esta al reposo de la tumba.

El poeta, á quien hemos consultado ya y al cual pediremos todavía mas de un dato precioso, mas de un documento útil sobre esas costumbres atenienses, que solo él ha descrito con fidelidad, va á ayudarnos á tratar sin demasiada ligereza ni pedantería el capítulo de las *salsas* y de los *caldos* que estaban mas en uso en su patria. Esos ingredientes, destinados á realzar el sabor de los alimentos y á aumentar el poder de las facultades digestivas, se componían principalmente de mostaza, comino, pimienta, rábano picante, ajo, en fin de todos los vegetales y de todos los granos cuyo gusto picante despertaba por su naturaleza el apetito. Aristóteles cuenta veinte y cinco de esos condimentos (1) *hedysmata*; número muy corto, si se compara con las cuatrocientas salsas diferentes que trae el *Cocinero parisiense*, pero que se complicaba y aumentaba sin duda con muchísimas variedades; porque el autor cómico que hemos citado mas arriba (2) habla de una revolución muy importante acaecida en su tiempo en el modo de hacer las salsas; revolución que no hubiera ocurrido ciertamente, si esta parte de la cocina ateniense hubiese estado tan limitada como podría darlo á entender el precedente pasaje sacado de Aristóteles.

La salsa predilecta de los atenienses, su guisado de pollo, era la célebre *hypotrimma*, salsa eminentemente astringente, picante y bastante afrodisiaca, si queremos dar crédito á Aristófanes, el cual la usa felizmente en su comedia de las *Mujeres políticas*. Según parece, la *hypotrimma* era de color amarillo azafranado que dejaba signos visibles en los labios y en la barba de los amantes; y acontecía á menudo ver á los atenienses, reunidos para dar sus votos, decidir los negocios de la república con la boca teñida de aquel color: la gastronomía fué en todos tiempos íntima aliada de la política. Ahora bien, las hembras jacobinas que quieren, en la pieza de Aristófanes, apoderarse del gobierno de Atenas y derribar la aristocracia del sexo varonil, no encuentran mejor medio para salir airoso de su proyecto y completar su disfraz de hombres, que embadurnarse de la *hypotrimma* que tiene por lo regular el rostro de sus maridos: oigamos el coro de esas patriotas.

CORO DE MUJERES, VESTIDAS DE HOMBRES.

« ¡Ciudadanos! (esta mañana érais todavía ciudadanas, mas todo ha cambiado ya). ¡Ciudadanos, pues! ¿Jurais todos vengar vuestro sexo y romper vuestros grillos?

SEGUNDO CORO.

» Juramos.

PRIMER CORO.

» Mañana pues os reunireis todos al salir la aurora en la Agorá, con el rostro risueño y la faz encendida, haciendo resonar nuestros gritos á cien pasos á la redonda, con la boca teñida de *hypotrimma*, como nuestros esposos... etc., etc. (3). »

Los guisados mas delicados de la cocina moderna eran, como se ve, conocidos de aquella nación, madre de las artes. Servir un pollo en forma de costilla, transformar una liebre en un cabrajo: crear toda especie de engañifas gastronómicas fué por mucho tiempo una de las habilidades especiales del cocinero ateniense. A medida que progresó la civilización, esta afectación de mal gusto (que fué moda por tanto tiempo entre los europeos modernos) cedió al influjo de las luces y al ascendiente de la razón. Esas extrañezas, sin valor gastronómico, eran, respecto de la verdadera cocina, lo que el juego de vocablos y el acróstico respecto de la verdadera poesía. Pronto no se hizo el menor caso de esas penosas puerilidades, y la ciencia se elevó acrisolándose.

A vosotros dirijo al presente mis preguntas, hombres indispensables, providencia de los atenienses, dispensadores supremos de las delicias de sus mesas, vosotros que vendiais el pescado en el mercado de Atenas. De vosotros dependía la bondad de las comidas saboreadas por los contemporáneos de Alcibiades. Vosotros ejerciais un enorme influjo sobre el bien ó malestar de vuestros compatriotas; porque los atenienses, eminentemente ictiófagos (comedores de pescado), se distinguían de todos los pueblos antiguos por la violencia de este gusto, que mas bien era entre ellos una pasión que un apetito. Cuando un poeta trágico quería lanzar una maldición contra un poeta rival, hé aquí cómo lo hacía: « ¡Ojalá que cuando vengas al mercado á comprar anguilas, no encuentres ni una sola para tu comida! (4) »

Estaban tan persuadidos los atenienses de que el pescado es el primer alimento del hombre, que la misma palabra significaba *alimentos*, y especialmente *pescado*. Campeaban en las mesas de los atenienses pescados frescos y salados, de mar y de agua dulce, de estanque

(1) Las mujeres que en las procesiones paganas llevaban en cestas las ofrendas destinadas para los dioses.

(2) Biblioteca de Focio.

(3) República de Platon.

(4) Etic., l. X, c. V.

(1) Sacerdote que presidía á los misterios eleusinos.

(2) Aristóf., *Acham.*, act. 2.

(1) Etic., l. III, § 10.

(2) *Las Aves*, v. 532.

(3) *Thesmóthet*.

(4) Aristóf., *La paz*, 40, 40.

y de río, con escamas ó sin ellas, de todas dimensiones y de todas especies. Bastaría apenas un diccionario, tamaño como el cuaderno á que confiamos esos artículos, para la lista completa de esos pescados, de sus géneros, de sus subdivisiones, de sus denominaciones debidas á su tamaño ó á sus diferentes edades. El atún, en todas sus variedades, recibía mas de cien nombres diferentes. El *omotarichos*, salado y machacado en morteros hechos al intento, servía de alimento diario á los soldados y á los marineros. Segun los mas inteligentes, era necesario, para comer ese pescado en todo su mérito, cocerlo en agua de mar (1).

No hablaré de los *escobros*, del *elefantino* inmortalizado en la escena por el poeta Crátes; de los *coracinos*, que llamaban *saperda* cuando se habian pescado en las lagunas Meótides; del *tillo*, pescado gigante que no podian comer doce convidados en tres dias (2); de ese otro pescado anónimo que, segun la descripción del poeta cómico Efilo (3), se asemejaba, por su talla y su forma, al gran boa de los desiertos de la América; del *patristaco*, que, cambiando tres veces de nombre, se llamaba *agnotidra*, cuando era de pequeñas dimensiones, y *millo*, cuando sus proporciones eran medianas.

Ni es bastante completo todavía mi catálogo, y es necesario que coloque en él el *alfesta* que se pescaba á pares; el *amia*, tan sabroso de suyo, que el peor cocinero no podía echarlo á perder aunque quisiese; el *ellops*, que gustaba tanto á Júpiter, que abandonaba á su imperial esposa todo el resto del festín, y no se reservaba mas que ese plato (4); el *batis*, que se comía en invierno con una salsa de queso, y que se encontraba siempre, dice Eupolis, en la mesa de Callias; el *pompilo*, pez sagrado, texto inagotable de leyendas helénicas, hermano de Vénus, si hemos de darlas crédito, y nacido, como ella, de la sangre de los dioses y de la espuma del mar; la *anchova* (*aphia*), tan célebre en los tiempos antiguos como en los modernos, que se encuentra barajada tan á menudo con la historia ateniese, y para cuyo condimento nos ha dejado el grande Arquestrato una receta tan preciosa.

Ese Arquestrato, digno precursor de Epicúreo, emprendió largos viajes con el solo objeto de profundizar la ciencia de cocer el pescado; no ha dejado un solo oviparo del mundo antiguo sin someterlo á sus investigaciones. Sabores de cada especie y de las diversas partes de cada especie; modo de pescar los peces con cedal, con redes, de conservarlos, de mejorarlos; nada ha olvidado. Tan buen poeta como convidado erudito, ha consignado el resultado de sus trabajos en una serie de versos hexámetros, parte de los cuales han llegado hasta nosotros (5). Por él sabemos que nada era preferible al cóngrio de Siciona; que el mejor *glauco* venia de las pescaderías de Megara; que las costas del Atica eran famosas por la bondad de sus lenguados, de sus sargas, y de sus rombos incomparables; en fin, que la anchova de Talero, puesta en aceite hirviendo y retirada poco tiempo despues, era un manjar digno de los dioses.

Si no fuese por él, ignoraríamos la existencia de ese pescado llamado en Rodas la *zorra*, y en Siracusa el *perro*, pescado tan célebre en la Grecia, que si hemos de dar crédito á Linneo de Sámos, excede en nombrada á Cecroqs. Arquestrato recomienda á todos los comilones que se lo agencien á cualquier precio, y que le roben si no pueden comprarlo. «¿Qué son, en efecto, exclama este admirable gastrologista, todos los accidentes de los hados al lado de la dicha de probar semejante pescado?»

«Una vez que ha llegado el hombre á este grado de felicidad, nada tiene que temer ya de la suerte.» En cuanto al *aper*, el mismo autor ya confiesa que solo los ricos pueden pensar en gozar de semejante alimento; que es un manjar de usurero, de hacendista, de sibarita; que se vende á peso de oro, y que era, para servirme de la enfática expresion del mismo poeta,

Manjar digno de un dios, la *flor del néctar*.

El capítulo de las anguilas está bastante desarrollado en este autor: alaba con justicia el modesto retiro en que viven estos pescados lejos de todas las miradas; recuerda las obligaciones que les deben los poetas dramáticos, á los cuales ha proporcionado esa numerosa casta mas de una brillante metáfora, y concluye diciendo que la anguila es todavía entre los pescados lo que fué la hermosa Helena entre las mujeres. «Recomiendo, dice, todas las especies de anguilas. ¡Pero mil veces feliz el que habita cerca de Mesina! porque allí es donde se encuentran las de mejor calidad.» Antifano, autor de comedias, tiene la avilantez de decir que se venden menos caros los dioses que las anguilas. «Por medio de un pequeño sacrificio que me cuesta algunos óbolos, compro, dice este impío, la benevolencia de la corte celestial, y con diez buenos dracmas no puedo feriar una anguila.»

M. DE F.

(Se concluirá.)

(1) Alex., fragm. citado por Ateneo.

(2) Aten., l. VIII, p. 346.

(3) Id. Ib.

(4) Epicharm. ap. Aten.

(5) Véase Aten., lib. VIII, 16.

## Un hombre de historia.

Lorca 26 de diciembre de 1866.

No todos los hombres de historia mas ó menos dignos de celebridad se encuentran en esas continuas exposiciones humanas que se forman en las grandes ciudades, ó para decirlo mas técnicamente, en los grandes centros de la civilización que agita al mundo en el presente siglo.

El espíritu de asociación que anda por la tierra engranando intereses, tejiendo ambiciones y zurciendo codicias; que va ensartando hombres con la aguja de cualquier empresa en el hilo de toda ganancia, formando unas veces compañías que quiebran, otras veces sociedades que truenan y otras partidos que estallan, suele dejarse fuera del extenso círculo de su atracción miembros útiles, elementos de mérito probado, seres dispuestos lo mismo para un fregado que para un barrido.

No todo lo que es digno de curiosidad, ni todo lo que es célebre se encuentra en Madrid.

Fuera de los límites de la ciudad, esto es, mas allá de la última casa, bajo la sombra agreste de las *pateras* que se enredan y enmarañan al pié de los muros del castillo, en el fondo de una cueva abierta en el mismo peñasco, me he encontrado yo aquí un hombre que ha merecido ya los honores de la celebridad.

Hay un drama representado muchas noches en un teatro de Madrid entre cuyos personajes debe estar, está indudablemente mi hombre.

No hace muchos años que los barrios bajos de la gran capital se despoblaban para llenar en tropel la capaz *ignominia* del teatro de Novedades.

En ese teatro se representaba entonces, con licencia del censor, bajo el amparo de la autoridad, y con aplauso de los espectadores un drama estupendo, cuyo título estampado en los carteles con letras formidables decía á todo el que se atrevía á mirarlo: *Jaime el Barbudo*.

Aquel drama era en sustancia la glorificación del bandido, la apoteosis del facineroso.

La historia de *Jaime* hablando por la voz de un proceso habia dicho: «Hé aquí un malvado;» pero esto era cuando la literatura encadenada no podía levantar en sus manos desatadas la interesante figura de un saltador de caminos, lanzarla al teatro y coronarla en la escena como diciendo: «Ved aquí un hombre.»

He dicho literatura, y ya se comprenderá que hablo de esa literatura que hace de un ladrón un héroe y un mártir, que convierte el puñal en valor y el trabuco en derecho que absuelve al malvado y condena á la sociedad.

Literatura tan profunda que nace de una filosofía oscura como la boca de una caverna.

Tratándose de *Jaime el Barbudo* no se puede desconocer que el asunto era peliagudo, y claro está que solo podía atreverse á bosquejarlo ese genio que guía las manos atrevidas de los pintores de brocha gorda.

La ejecución pudo muy bien competir con la obra.

La escena era, poco mas ó menos, la encrucijada de un camino, la acción era en sustancia el conjunto de acciones, digámoslo así, emitidas por una compañía de bandoleros: á tal asunto y á tal escena correspondía una cuadrilla de cómicos de la lengua.

De forma que por segunda vez se vió Jaime el Barbudo ejecutado.

Y debemos decirlo: ejecutado admirablemente.

Habia en aquel espectáculo la armonía de las circunstancias; cada cosa parecía exclusivamente hecha para los demás.

El público, el drama y los actores estaban á una misma altura.

En este monumento literario está bajo la forma de una creación dramática la realidad histórica que yo me he encontrado en este rincón del mundo.

Uno de los personajes de aquel drama debe ser este hombre, y hé aquí un hombre que ha podido verse en escena, y que, confundido con la multitud, ha podido cubrirse de aplausos.

Este hombre está aquí oscurecido; su nombre de pila casi se ha borrado bajo el poder de un mote que no es para escrito.

Tiene por albergue una cueva abierta en la roca como el nido de un águila, vive fuera de la sociedad.

Este hombre cuenta su historia al curioso que quiere oírlo; y la cuenta con admiración y con vanidad.

Mi vida, dice, es muy grande.

Este hombre fué compañero de Jaime Alfonso, uno de los que formaban parte de aquella banda que hace cerca de medio siglo era el terror del antiguo reino de Valencia.

Su aspecto es verdaderamente patibulario: los setenta y tres años que pesan sobre sus hombros no han conseguido doblar su cabeza.

Es viejo y no inspira respeto, es pobre y no inspira lástima, va ridículamente vestido con las ropas desechadas que recoge y no infunde risa.

Su cara es un conjunto de arrugas que se empujan unas á otras, ya en un sentido, ya en otro, segun la expresión de su fisonomía.

Bajo los arcos rebajados de dos cejas borrascosas brillan dos ojos pardos medio escondidos en los innumerables pliegues de sus párpados.

La boca es una hendidura de la cual sale cuando habla una voz gutural y en la que vive la lengua solitaria, y las palabras, para cuya pronunciación son necesarios los dientes, salen de sus labios á silbidos.

Bajo el cuello de la especie de gaban que lleva cruzado sobre el pecho, no he podido distinguir ninguna señal de camisa.

Cuando cuenta sus hazañas se anima, sus manos se crispan y sus ojos relampaguean.

Su barba no está todavía completamente blanca y sus miembros si han perdido agilidad han conservado la fuerza.

Un zurron, un palo, hé ahí todo su equipaje.

Hace sus excursiones por la ciudad, por el campo y por la huerta: su carta de seguridad es la licencia de presidio.

Es un salvaje que ha venido civilizado de Ceuta.

No sé lo que es su corazón; se ve bien la estrechez de su cabeza, pero ¡ah, qué estómago!

Se alimenta con la carne de todos los animales muertos que encuentra, y esta repugnante caza es la que busca en sus correrías.

Es un ser raro, muy raro, tiene mas de animal que de hombre, y bajo el punto de vista zoológico merecía estudiarse.

El rompió con la sociedad y no ha querido volver á anudarse con ella.

Este ser, sin embargo, vive en su siglo, y es mas, es un hombre de su tiempo.

El oro dice que es la gloria del mundo.

Hé aquí un salvaje viejo lleno de filosofía moderna.

José SELGAS.

## Expedición de Corea.

Un oficial de la marina francesa escribe la siguiente carta, que explica perfectamente el objeto de la expedición, y que contiene curiosos pormenores. Hé aquí su contenido:

«Hang-Hoa (Corea) 22 de octubre de 1866.

«Hasta hoy los europeos solo de nombre han conocido la Corea; salvo algunos sacerdotes de las Misiones, ¿quién se habria atrevido á venir á estas apartadas comarcas, mas distantes de la Francia que la China y el Japon, aunque tengan con estos países muchas relaciones por la semejanza, la vecindad, y aun el parentesco? Hasta para los marinos, los puertos de estos lugares eran, digámoslo así, letra muerta. El país se hallaba tan herméticamente cerrado como la China y el Japon antes de nuestras últimas expediciones. Y sin embargo, nuestro comercio era nulo, pues los cambios no abundan allí donde, al menos aparentemente, no hay seguridad en las transacciones, y tampoco se aventuran los buques mercantes allí donde no van los de guerra.

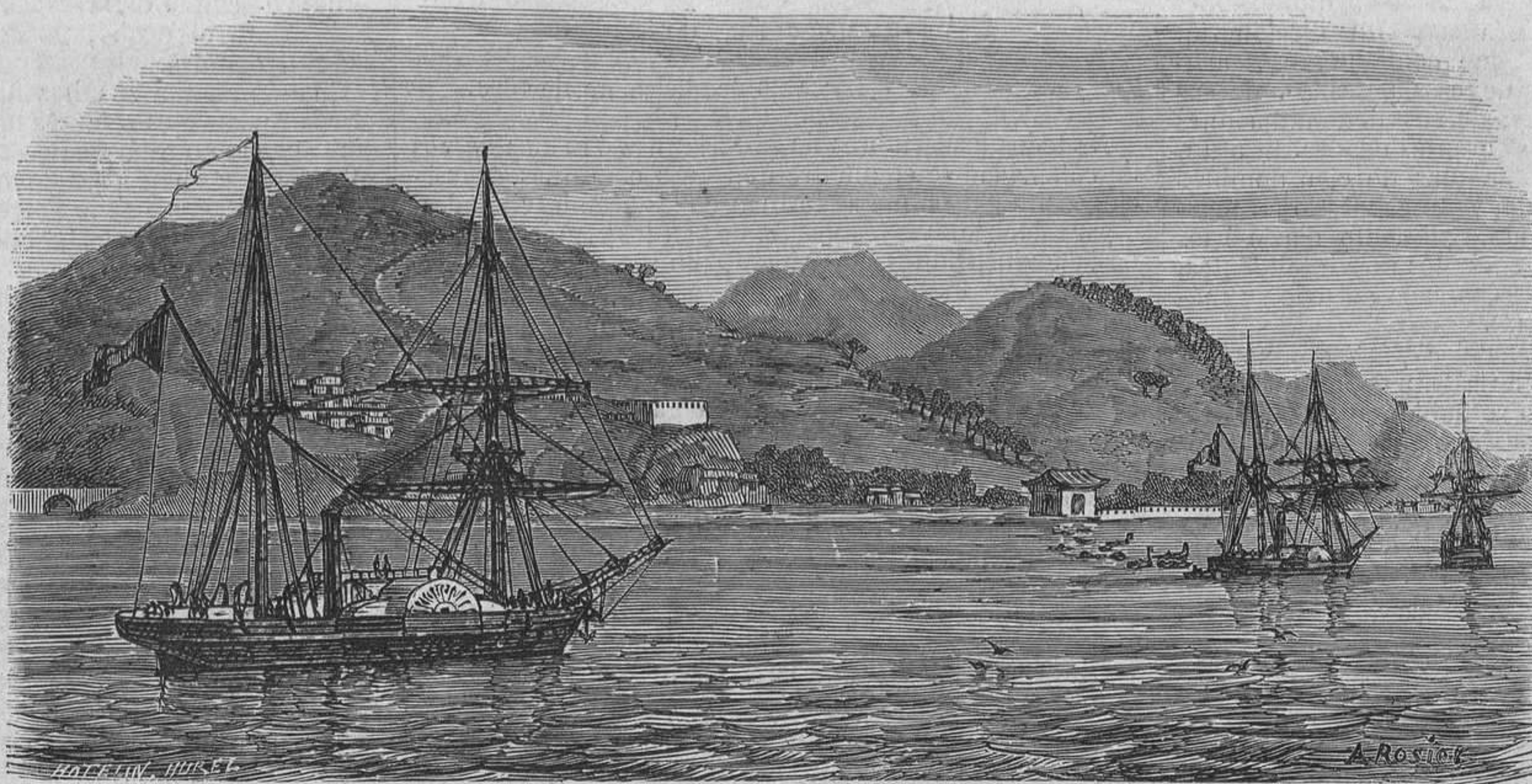
«A todo esto, los habitantes de la Corea no permanecían en su casa, sino que salían, por el contrario, en juncos mejor contruidos, y sobre todo, mejor aparejados, y gobernados en el mar que los juncos chinos. Sus actos de piratería eran continuos, y todas las costas orientales de la China tenían motivos para quejarse de ellos. El comercio de Shang-Hai y de Ning-Po nunca estaba seguro; y lo mas grave aun, es que los tales piratas atacaban con preferencia á los buques de Europa ó de América. Recordaremos este solo hecho. El 9 de agosto una goleta norte-americana, *General Sherman*, salía de Tche-Fu bajo el mando del capitán Preston, y á su bordo se encontraban un piloto chino y dos ingleses, M. Hogarth y M. Thomas, mas conocido por su ciencia filológica que como ministro del Santo Evangelio. Llegado á las aguas del río Kang-Kiang, que conduce á Sayoul, capital y residencia del rey, el buque fué atacado por juncos de la Corea, que le rodearon y capturaron á viva fuerza. No obstante las protestas de M. Thomas, los oficiales y los pasajeros fueron atados en los camarotes, y despues de haberlo saqueado todo, los piratas, al retirarse, prendieron fuego á la goleta, de cuyo modo perecieron en las llamas cuantas personas se encontraban á bordo. Esta monstruosidad pareció tanto mas atroz, cuanto que hasta el día los piratas de la Corea se habian contentado con robar y devastar, como sucedió en junio último con la *Sorpresa*, buque mandado por el capitán Carlin, que aun navega en las aguas de Shang-Hai.

«Semejantes piraterías exigían una reparación, y el contra-almirante Roze, que manda nuestro apostadero naval de las costas de la China, resolvió obtenerla á toda costa.

«Bajo este concepto, salió de Tche-Fu con la corbeta *Primauguet*, el aviso *Deroulède* y la cañonera *Tardif*, á fin de reconocer el río Kang-Kiang, adonde llegó el 22 de setiembre. No obstante las dificultades de la navegación que causaron averías al *Deroulède*, muy luego reparadas, el almirante pudo adelantarse á la isla de Kang-Hoa, que domina la embocadura del río, y proseguir su camino hasta tres millas de Sayoul, capital de la Corea. Decir que este paseo armado no difundió inquietud en el país, sería faltar á la verdad; sin embargo, como no cometían acto alguno de hostilidad, nos vendieron provisiones y víveres frescos en tanto que subíamos el río; pero cuando quisimos bajarle, encontramos cerrado el paso por una cantidad considerable de embarcaciones. Algunos cañonazos nos libertaron de estas importunidades que ocultaban lazos hostiles, y operado el reconocimiento, regresamos á Tche-Fu para preparar la expedición que ha hecho caer en nuestras manos la importante población de Kang-Hoa.

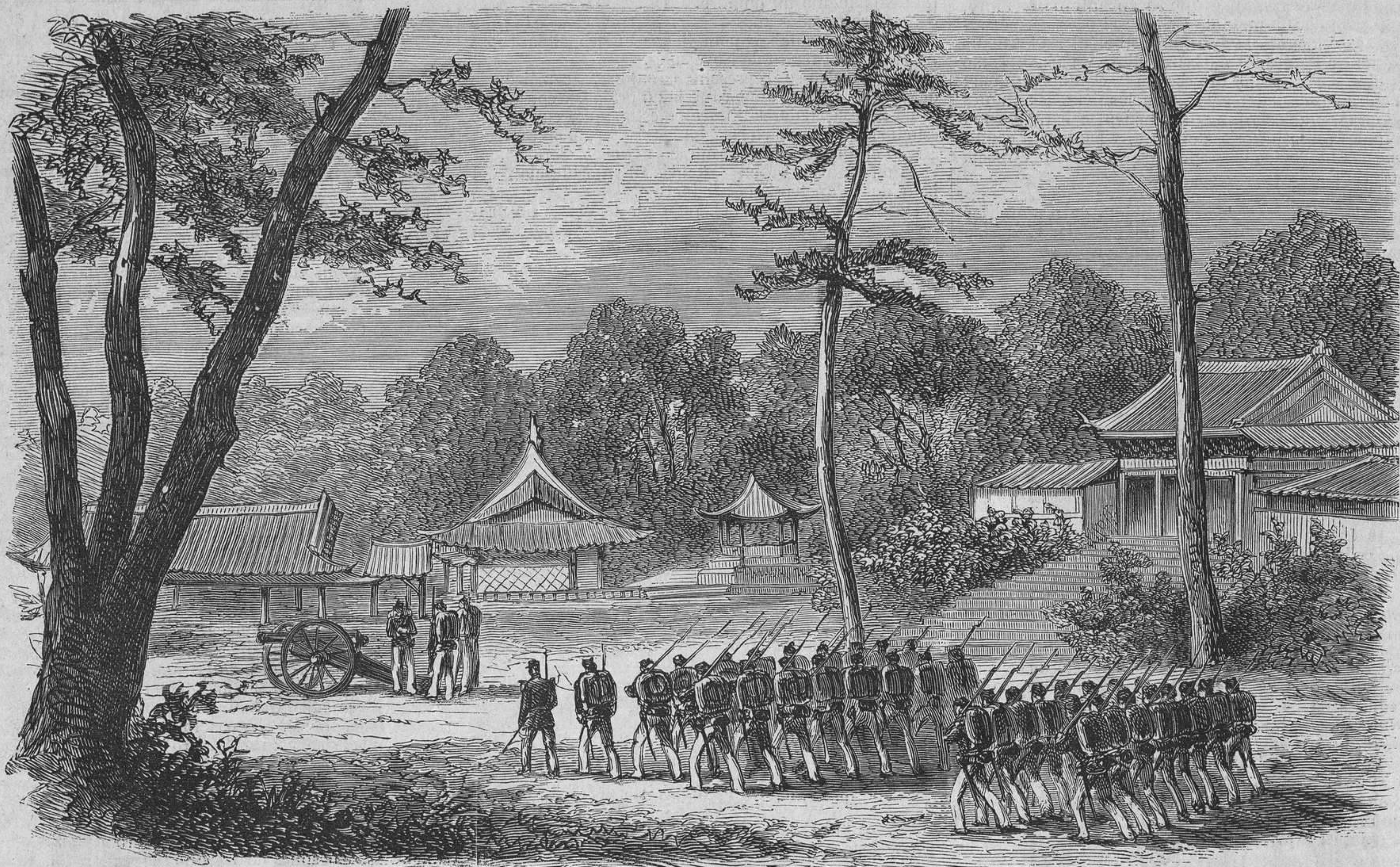
» Kang-Hoa se encuentra situada en una isla que domina la embocadura del río, y es el almacén necesario de todo el comercio de la Corea. Sobre todo pasan por ella las inmensas provisiones de arroz, artículo de tanto consumo en todas estas comarcas del extremo Oriente, como el trigo en Europa. En Kang-Hoa se desembarcan, y consignan todas las mercancías exteriores que circulan después en todo el reino. Tomando esta ciudad, se daba pues un golpe sensible y decisivo.

» El contra-almirante Roze llevaba la fragata la *Guer-*



EXPEDICION Á LA COREA. — Desembarco en Kak-Kotje (fuerte de Kang-Hoa)

*rière*, las corbetas *Laplace* y *Primauquet*, los avisos *Deroulède* y *Kien-Chan*, y las cañoneras *Tardif* y *Lebrethon*. La fragata y las corbetas echaron á tierra á sus compañías de desembarco, así como también á un destacamento de los marinos-fusileros del *Yokahama*, mientras las cañoneras se situaban de modo que pudieran proteger con su fuego el ataque del fuerte que domina la ciudad. El conde de Osevy, capitán de fragata, conducía esta primera columna. No obstante la defensa de los coreos, se apoderó del fuerte el 15 de octubre, y el 16



Invasión del Yamun (habitación del gobernador de Kang-Hoa.)

por la mañana, el almirante, á la cabeza de todas sus fuerzas, tomó la plaza, que no pudo proteger una gruesa muralla de cuatro metros de altura, y un nutrido fuego de fusilería. No hablo de los arqueros que estaban en las murallas, pues nuestros marinos temen poquísimos sus flechas.

» Donde estuvimos para encontrar una resistencia formal, fué delante del palacio del gobernador; pero el empuje estaba dado, y en algunas horas nuestra bandera tremolaba en los cuatro puntos de la ciudad. Eramos dueños de la embocadura del Kang-



Vista de Kang-Hoa.

Kieng, y ya nada se oponía á que subiéramos hasta Sayoul. Sin embargo, no habíamos ido á hacer conquistas: nuestro objeto era el de exigir justas reparaciones, y dado el golpe de mano, las negociaciones debían terminar la obra de los marinos. Para concluir, diré que además de los cañones, los fusiles, en crecido número, y las municiones y provisiones de toda clase que cayeron en nuestro poder, encontramos en Kang-Hoa unas veinte cajas llenas de plata que cubrirán abundantemente los gastos de esta rápida expedición.» X.

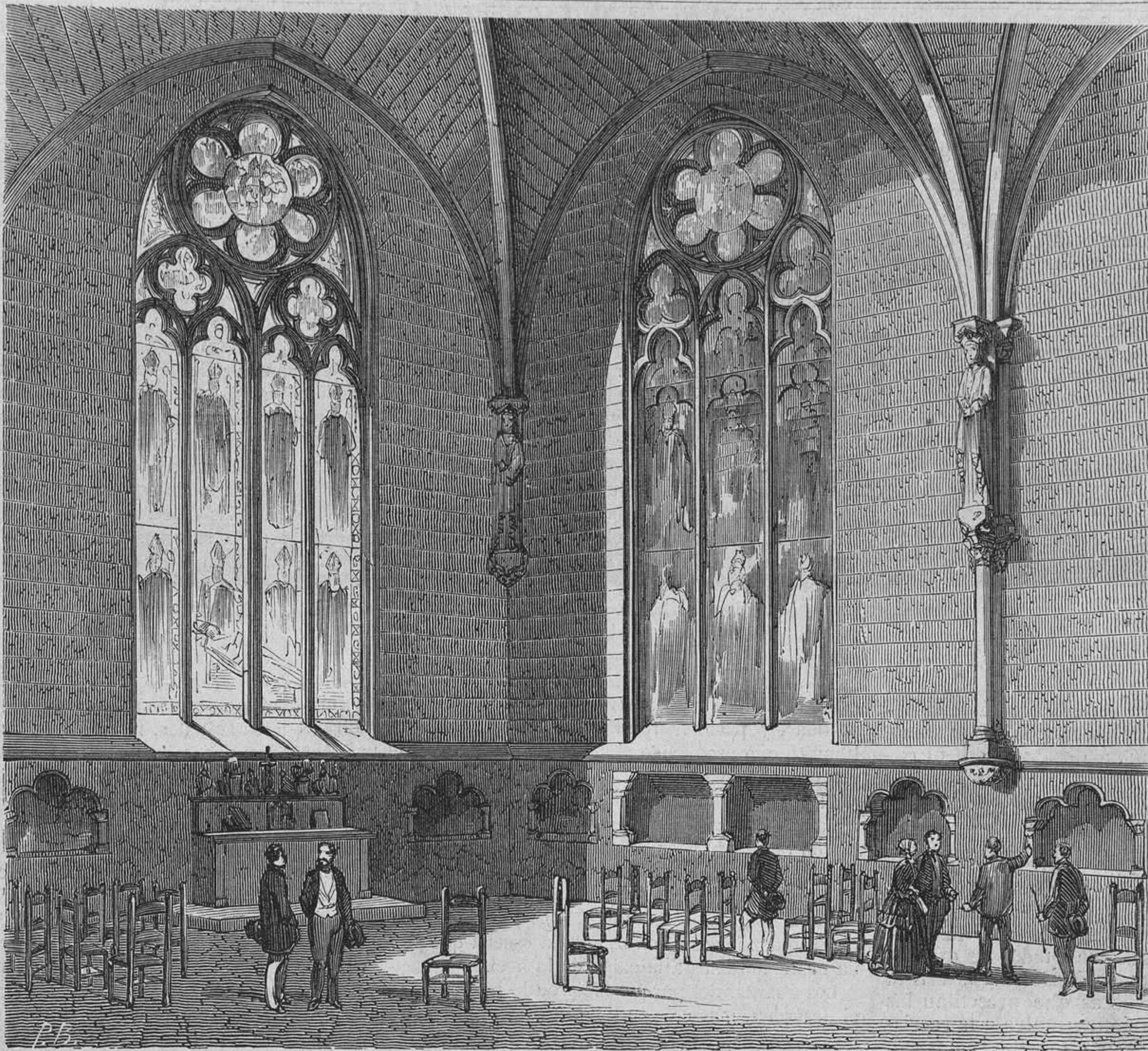
**Ntra. Sra. de Paris.**

(Véase el número 733.)

II.

LA RESTAURACION.

Por la relacion histórica que hemos dado en nuestro artículo anterior se habrá podido apreciar la importancia y dificultad de una verdadera restauracion de la iglesia metropolitana. La urgencia de esta restauracion se hacia cada dia mas sensible; pero ¡qué erudicion y buen gusto necesitaban los artistas á quienes se encargase semejante obra! M. Lassus y M. Viollet-Leduc no retrocedieron ante la inmensidad de la tarea, antes bien se consagraron á ella con la pasion que da por resultado las obras maestras. Ambos arquitectos habian ya dado sus pruebas en la hermosa restauracion de San German l'Auxerrois y en la no menos notable de la Santa Capilla del Palacio de Justicia, ejecutada bajo la direccion de M. Duban. Lo primero que hicieron fué emprender investigaciones y estudios que espantan á la imaginacion. Textos antiguos, pergaminos sepultados bajo el polvo de los siglos, dibujos olvidados, borrados, ininte-



Nuestra Señora de Paris. — El salon capitular de la nueva sacristía.

se han hecho nuevos y se les han quitado los pegotes de fábrica con que habian sido revestidos para consolidarlos, sin alcanzar por cierto este resultado. Los restauradores precedentes hicieron desaparecer bajo unas losas delgadas y sujetas con clavos, las piedras de estos botareles corroidas por el tiempo. Este método curaba el mal como un emplastro cura una llaga, y mantenía en las partes deterioradas nuevos y constantes recipientes de humedad. Ha sido preciso pues, reconstruir enteramente estos puntales del edificio.

Luego entraron con el pórtico de esta misma fachada. El roseton, tan torpemente recortado por el cardenal de Noailles, ha sido restablecido en su forma primitiva, y la cornisa que le corona ha sido restaurada. Sobre el gran muro liso en donde se abren las primeras ventanas de la capilla de la nave, los delanteros en punta suprimidos por Parvy aparecen nuevamente á la vista. En suma, y para decirlo todo de una vez, sin extendernos en detalles, gracias á esta inteligente y larga restauracion, Nuestra Señora ha recobrado con toda su solidez primitiva y todas las garantias de un largo porvenir el aspecto venerable é imponente de su majestad secular.



Fragmento de las vidrieras pintadas de la sacristía.

ligibles, restos informes para todo ojo que no sea el de un arqueólogo consumado, todo esto fué compulsado por ellos, y llegaron á formar su proyecto, mediante el admirable espíritu de induccion que hacia reconstruir á Cuvier todo un animal antediluviano con la sola inspeccion de un diente ó de una vértebra.

Y aun sobre esto mismo hay que añadir que las creaciones de la naturaleza se hallan sometidas á una lógica maravillosa que falta á menudo al pensamiento humano, el cual es preciso seguir al través de las caprichosas sinuosidades trazadas por el espíritu de las civilizaciones variables y diversas. Con efecto, era una pretension absurda é irrealizable, la de querer restituir á todo el monumento su primitivo plan; lo que habia que hacer era trasformarse con él, volver á encontrar el estilo sencillo, severo y fuerte del siglo XIII para la fachada occidental, el estilo mas florido y caprichoso del siglo XIV para las fachadas del Norte y del Mediodia y para las diferentes partes de la nave que amenazaban ruina; habia necesidad, en fin, de no vacilar en cortar en lo vivo, para hacer desaparecer los groseros anacronismos de Soufflot, las profanaciones del albañil Parvy, y los efectos del vandalismo de los malos dias de la Revolución, del Imperio y de la Restauracion.

Los dos artistas han sabido salir honrosamente de tan inaudita tarea, y desde luego se pudieron ver los felices resultados del sistema que adoptaron en la fachada occidental. Los hermosos manojos de garfios que habia en cada ángulo de los contrafuertes aparecen de nuevo, lo mismo que antes de las mutilaciones de Parvy. Las ventanas de las torres han sido desembarazadas de los pegotes que las obstruian, y los feos aleros que se extendian pesadamente á lo largo de su rico marco, se han cambiado en un sistema de armadura lleno de gracia y de elegancia; la ogiva de Soufflot fué tapiada y se ha vuelto á colocar el bajo-relieve del Juicio final, gracias á un precioso dibujo hallado por M. Gilbert. Las grandes puertas de madera de un gusto pésimo, han sido reemplazadas por otras semejantes á las de las dos hermosas entradas de la fachada, cuya obra de cerrajería gótica es tan rica y elegante. Finalmente, tambien se colocaron en sus nichos, desiertos durante tantos años, el Cristo, los apóstoles, los santos y los reyes que completaban tan felizmente la ornamentacion de esta fachada.

Las analogías que ofrecen algunas otras catedrales, como verbigracia, la de Chartres, habian hecho suponer que los veinte y ocho reyes que ocupaban estos nichos eran los veinte y ocho primeros de la monarquía francesa; pero investigaciones mas recientes y mejor dirigidas dieron á conocer que quisieron figurar aquí á los reyes de Judá. Los artistas del siglo XIII no se paraban mucho en cuanto á la exactitud de los trajes, y solian disfrazar á los personajes bíblicos con la saya y el manto de flores de lis de los monarcas de su época.

No menos que en la fachada occidental, se ha trabajado en el lado meridional de la iglesia. Los botareles



Fragmento de las vidrieras pintadas de la sacristía.

Se ha dicho é impreso muchas veces que Nuestra Señora se elevaba sobre el suelo del atrio, mediante un peristilo de trece escalones. Este error de que fueron partícipes en un principio hasta los mismos arquitectos, fué refutado por las excavaciones que se hicieron, y las cuales pusieron á descubierto á flor de tierra, fragmentos romanos muy anteriores á la construcción de la iglesia.

Ahora vamos á hablar de la nueva sacristía, obra enteramente original de M. Lassus y M. Viollet-Leduc, pues no hemos querido mezclar los elogios que les debemos como restauradores, los que merecen por esta feliz creación. Desde la demolición del arzobispado, la construcción de Soufflot, desembarazada de los edificios que la cercaban, aparecía en los flancos de la iglesia como una excrescencia parásita. Además de su incontestable fealdad, tenía también el inconveniente de ser demasiado pequeña para las necesidades del culto. Con efecto, Nuestra Señora es á la vez catedral y parroquia: como catedral, necesita una sacristía grande y una sala capitular, y como parroquia necesita una sacristía de misas ni mas ni menos que las demás iglesias.

Admitida en principio la reconstrucción de una nueva sacristía, no podía ser dudoso el estilo que debía adoptarse en su construcción. Este anejo importante, que no tenía otro lugar posible sino en el lado meridional, esto es, en un lugar donde por fuerza había de atraer las miradas, se hallaba subordinado á la disposición general del monumento. Por tapicerías antiguas se sabía que en el sitio actual se elevaba una sacristía en otro tiempo. Las personas acostumbradas á la simetría moderna, á las iglesias rectilíneas, como por ejemplo, la Magdalena que no tiene, á decir verdad, ni capilla, ni confesionarios, ni sacristía, ni campanarios, podrían encontrar chocante el ver que se lanza la nueva construcción como un soldado fuera de las filas; pero los arquitectos de la edad media se guardaban muy bien de disfrazar una cosa necesaria, y esto justamente es lo que da á sus concepciones tanto movimiento y tanta vida. La sacristía actual forma pues, como una segunda iglesia pegada al flanco de la catedral. Su disposición interior satisface á todas las exigencias del programa que hemos indicado. La sacristía grande y la sala capitular son piezas que presentan las mas hermosas y nobles proporciones; entre esta sacristía y la de la parroquia hay un bonito patio, adornado con un claustro ogival. Los estribos que separan cada uno de los arcos de este pequeño claustro tienen figuras de obispos sentados que forman en derredor como un concilio de personajes de piedra; tarascas y canales sirven aquí, como en la catedral, para que corran las aguas pluviales.

Además, en torno de este claustro interior han colocado una serie de vidrieras de un colorido suave y pálido, pero de un bonito estilo, donde se desarrolla la leyenda de Santa Genoveva. Los dibujos son de M. Steinhilf. En el gran salon capitular hay otra serie de vidrieras que representan á los arzobispos de Paris. Aquí se ven hermosos retratos, y entre ellos hemos observado con cierta sorpresa el del cardenal de Noailles, teniendo en la mano un cartucho con esta inscripción: «Restauración de la portada de Nuestra Señora de Paris.» Ya dejamos dicho en qué consiste esta famosa restauración. Como muestra de estas hermosas vidrieras, ofrecemos á nuestros lectores dos de sus fragmentos mas notables, que son obra de M. Maréchal (de Metz), uno de los mas hábiles pintores de este género que hay en Francia. Finalmente, para concluir esta incompleta reseña de tanto como se ha hecho en la catedral de Paris, diremos que por todas partes hemos admirado en la restauración general de que ha sido objeto, el cuidado, casi podríamos decir, el fervor, con que se ha estudiado, previsto y ejecutado todo, desde el pavimento hasta la techumbre, desde la carpintería hasta la cerrajería: un cerrojo, una cerradura, una simple llave, son objetos de arte, verdaderas joyas de hierro. La obra ha costado años, y cuantiosas sumas; pero todo debe darse hoy por muy bien empleado.

F. B.

## Revista de Paris.

Las esperanzas de los patinadores parisienses se han cumplido este año. Hé aquí un invierno que nos promete los divertidos espectáculos de las regiones setentrionales. Después de unas copiosas nevadas han venido los hielos, y en la actualidad los estanques y los lagos han pasado al estado sólido, con gran satisfacción de los aficionados á tomar el fresco bailando con mas ó menos gracia sobre esas superficies heladas. Así el domingo último el bosque de Boulogne era teatro de las proezas de los patinadores. Los lagos estaban cuajados de gente, los hombres con patines y las señoras muellemente reclinadas en sillones que corrían por el hielo con la velocidad de la flecha. El club de los patinadores piensa aprovechar la ocasión organizando una gran fiesta nocturna que no dejará por cierto de llamar la atención en este pueblo tan amante de cosas extraordinarias.

Todo estará muy bien, con tal que no tengamos que de-

plorar en Paris las desgracias que han ocurrido en Londres. La afición á correr patines es tan general entre los ingleses, que en cuanto aparecieron los primeros hielos en Londres ya quisieron entregarse á esta diversion que tiene tan graves tropiezos.

La Sociedad humanitaria, dice el *Morning-Post*, había fijado avisos advirtiendo al público que no se fiase en el hielo por su poco espesor; pero á pesar de este anuncio y de lo que decían las guardas, muchos hombres y muchachos de poco seso se lanzaron á él, cayendo la mayor parte al agua, trascurridos que fueron pocos momentos.

En Regent's Park y en el canal de Kensington Gardens, donde tiene el agua 9 pies de profundidad, corrieron muchas personas grave peligro de ahogarse, siendo salvados con grandes esfuerzos por los empleados. En el parque de Saint-James había quien se divertía en arrojar al hielo monedas de cobre para que corriesen á recogerlas los muchachos con empujones y gritaría, recreándose al ver que se hundían en el agua; por suerte era esta muy poco profunda y no ha habido desgracia alguna.

Segun dicen los guardas, mas de 250,000 personas entraron en los parques desde las dos hasta las cinco de la tarde, en su mayor parte negociantes respetables y honrados menestrales con sus familias; pero entre ellas había muchos vagos y bribones de ambos sexos, los cuales no pudiendo divertirse en el hielo, tiraban bolas de nieve y se empujaban unos á otros.

Cansados de juego tan brutal y observando que la policía estaba ausente, comenzaron á insultar á las personas bien vestidas, y pocas fueron las que lograron salir de entre el tumulto que promovían sin perder el sombrero, el pañuelo, ú otras prendas.

El puentecillo colocado sobre el lago artificial fué especialmente teatro de sus hazañas. Rateros y truanes se reunieron en dos bandos de algunos centenares, y colocados á los dos extremos del puente, así que vieron lleno el paso de personas pacíficas, se precipitaron unos contra otros gritando, empujando, y relojes y bolsillos cambiaron de dueño con rapidez increíble; vergonzosa escena que se repitió cada media hora hasta la caída de la noche.

Los guardas del parque hicieron lo posible para contener el desorden, mas en vano. Para ello habrían bastado una docena de constables, pero no se presentaron, y aquella gente soez quedó dueña del parque, no retirándose hasta el anochecer, en que no había ya á quien robar ni maltratar.

Escenas mucho mas tristes ocurrieron en Regent's Park el día siguiente, 15; del *Sun* tomamos textualmente el siguiente relato:

«Vamos á referir, dice, uno de los sucesos mas deplorables que han ocurrido en los estanques de Regent's Park. Gran multitud de gentlemans y de señoras con ricos y elegantes trajes se paseaban por el hielo, cuando de pronto, á las cuatro, el hielo no pudo resistir al peso y se rompió, cayendo al agua unas doscientas personas.

Imposible es formarse una idea de los gritos de los infelices patinadores; los de sus mujeres, hijas y amigos que permanecían en la orilla, eran en verdad desgarradores.

Llamados inmediatamente los hombres de la Sociedad Real humanitaria, se lanzaron al agua, y con admirable celo lograron salvar á unas cuarenta personas.

Un gentleman ha salvado á dos niñas cuando ya se las creía perdidas; muchas personas fueron sacadas del agua por sus amigos; y á pesar de todo, créese que habrán perecido unas cincuenta personas. Al escribir estas líneas se han sacado veinte cadáveres, y se cree que hay otros treinta en el lago.

Al saber el suceso se ha apoderado del público indecible consternación, y la policía no ha podido impedir que miles de curiosos invadiesen el lugar del triste acontecimiento.

La multitud aumenta por instantes: no se ven mas que madres que corren en busca de sus hijos, y personas que preguntan á unos y otros por los individuos de su familia.»

Apartemos la vista de tan triste cuadro, y volvamos á Paris, donde la policía sabe tomar otras precauciones para evitar semejantes catástrofes.

Esta semana se ha dado permiso á los curiosos para que visiten el parque y el Palacio de la Exposición universal, que presenta ya el golpe de vista de una obra acabada. Nada mas gigantesco que esta obra.

En 1851 el edificio cubierto de la Exposición de Londres abrazaba un espacio de 71,000 metros cuadrados; en 1855 se emplearon en Paris 115,000 metros, y una parte del palacio tenía dos pisos, y en 1862 el terreno que ocupaba el edificio en Londres era de 120,000 metros cuadrados que fueron insuficientes. Después de muchas dudas y de detenidos estudios, necesitándose esta vez en Paris un recinto mas vasto y mas cómodo, se eligió el Campo de Marte que tiene una superficie de cincuenta hectáreas, y se ha construido un edificio que ocupa 146,588 metros cuadrados de terreno, sin contar las construcciones anexas diseminadas en un parque de treinta y cinco hectáreas, ni las orillas del Sena dispuestas para recibir los modelos, productos y objetos relativos á la navegación y á la pesca.

En cuanto al gasto, es proporcionado á la magnitud de la obra. La Exposición de 1851 costó siete millones y medio de francos, la de 1855 mas de once millones, la de 1862, en Londres, se llevó quince millones, y se ha calculado que la actual consumirá veinte millones pagados á medias por el Estado y la ciudad de Paris.

Entrando por la puerta principal que mira el rio, se encuentran inmediatamente dos fuentes monumentales que

producen el mas bello efecto, y se descubre el lago con un islote de pintorescos peñascos y un faro, torre de hierro, que habrán visto nuestros lectores en la última lámina sobre la Exposición universal publicada en este periódico. Después está el parque con su infinidad de construcciones de todo género.

A la primera ojeada el palacio no parece otra cosa que un circo colosal, pero por dentro ofrece un aspecto sorprendente, y los productos debidamente clasificados, estarán distribuidos en salas dispuestas como bazares.

Habrán compartimientos grandiosos como, por ejemplo, el de las máquinas, inmensa galería de veinte y cinco metros de elevación con treinta y cinco de anchura, en cuyo centro trabajará la maquinaria, y por cuyas paredes reinará una galería colocada á cierta altura por la cual pasará el público viéndolo todo sin riesgo de ninguna especie.

Luego se verá el gran compartimiento geológico que presentará una historia completa de la tierra por medio de muestras de todas las edades, y luego la galería arqueológica, donde estarán caracterizadas con una serie de productos las diversas épocas de la historia del trabajo.

Ya sabemos que la galería exterior que cae al parque será un lugar de descanso, y allí estarán las fondas, los cafés, y las cervecerías de todos los países del mundo.

Mientras llega la época de la apertura, cada día se anuncia al público un nuevo atractivo. Ya es la Rusia que envía modelos de sus buques y fortalezas con coraza, ya es Venecia, en otro tiempo tan célebre por sus manufacturas, y que no pudiendo figurar en la Exposición con sus productos actuales, remite muestras de sus antiguas fábricas, esto es, una colección que formará la historia de lo que fueron y de lo que pueden ser en lo porvenir las artes y la industria en la antigua reina del Adriático.

Entre las industrias que seguramente llamarán mucho la atención de los curiosos, merece citarse un restaurant portátil chino. Un solo hombre carga sobre sus espaldas y sirve él mismo el establecimiento culinario. Es un edificio muy ligero, y mas aun porque está suspendido de una caña de bambú.

El aparato tiene dos metros de alto y su ancho es de tres metros. El vendedor tiene con una mano en equilibrio el edificio, y con la otra cuida de la cocina. El compartimiento de delante tiene tres pisos. El tercero contiene los platos bien ordenados; el segundo leña y fósforos, y el primero el hornillo con la cocina. En el compartimiento de atrás están colgadas con grande aseo las carnes, verduras, pescados, frutas y especies. Por un precio módico, un obrero puede comer en China sin alejarse del pié de la obra, pues á la menor señal el restaurant ambulante se traslada adonde le llaman.

Otra industria china que se verá en la Exposición, es el barbero ambulante. Sobre su cabeza sostiene un aparato con agua caliente; á la espalda sostiene un balancín de una de cuyas puntas cuelga la provision de agua fria y de la otra la vacía, la navaja y el paño. Ejerce su industria al aire libre. No solo afeita, sino que corta el pelo, limpia las orejas, el cuerpo, etc., etc., y todo en muy poco tiempo.

Los aficionados á espectáculos militares quedarán igualmente satisfechos. El nuevo ministro de los Estados Unidos en Paris, el general Dix, ha participado al gobierno que la guardia nacional de Nueva York, que viste el uniforme mas lujoso del mundo, enviará cuatro batallones, ó sea, unos dos mil hombres á Paris durante la Exposición. Al mismo tiempo se quiere organizar una fiesta en la que tomarán parte las escuadras francesa y norte-americana, y que recordará la que se verificó en 1865 en Cherburgo.

Por último, dícese igualmente que en la época de la Exposición cierto número de nadadores se proponen atravesar á nado el estrecho que separa á Francia de Inglaterra en un tiempo dado, habiendo durante la travesía embarcaciones ligeras que seguirán á los nadadores para poder socorrerlos en caso de accidente. Cada nadador tendrá derecho á una tabla llamada de *descanso* que empujará delante de sí y que podrá servirle en efecto para que descanse.

Esta noticia ha encontrado muchos incrédulos. Cada cual se pregunta si es posible hacer á nado semejante travesía, esto aun suponiendo la reunion de las circunstancias mas favorables, y admitiendo que los nadadores sean secundados por la marea cuando se aproximen á las costas de Francia.

Sobre este punto el *Journal du Havre* da una contestación satisfactoria citando el hecho siguiente:

En junio de 1806 diez franceses prisioneros, que se habían escapado de los pontones, debían embarcarse en Douvres en la chalupa de un contrabandista; pero esta embarcación faltó, y viendo que el agua estaba tibia y el mar sereno, y que si se detenían allí iban á ser cogidos, los fugitivos echaron á nadar valerosamente. Siete de ellos se ahogaron durante la travesía, y tres pudieron llegar hasta Francia, mas uno de estos espiró en las arenas de la playa. Los otros dos desmayados, medio muertos, fueron recogidos por los empleados de la aduana. A fuerza de cuidados lograron restablecerse, ingresaron otra vez en las filas é hicieron las campañas del Imperio.

En nuestra última revista anunciamos la muerte de Victor Cousin, ocurrida en Cannes, sin tener entonces pormenor alguno sobre tan triste acontecimiento; después ha llegado á nuestras manos el diario de aquella localidad, donde se hace una larga é interesante relacion sobre los últimos momentos del ilustre difunto.

Segun esta reseña, M. Cousin había comido el 12 de enero

en casa de su amigo M. Tripet, donde había amenizado la conversacion con su talento y gracia de costumbre.

El 13 se levantó con dolor de cabeza y quejándose de haber pasado una mala noche; pero sin embargo, tomó su desayuno, y seguidamente se puso á trabajar hasta las doce dadas. En este tiempo escribió varias cartas y corrigió para una nueva edicion algunas de sus célebres lecciones de la Sorbona.

A la una almorzaba con M. Barthelemy Saint-Hilaire, y aunque seguía quejándose de su insomnio, hablaba con su habitual animacion y comía con apetito, cuando á la mitad del almuerzo comenzó á sentir un sueño invencible.

Un cuarto de hora resistió, esforzándose por continuar comiendo; mas al cabo se quedó dormido profundamente y entonces le extendieron en un sofá para que descansara mas á gusto.

Alarmado M. Barthelemy Saint-Hilaire con esta somnolencia insólita, fué á buscar los auxilios de un facultativo: todo fué inútil; Victor Cousin dormía ya con el último sueño, y los médicos agotaron todos los medios terapéuticos usados en tales casos, sin que el enfermo acusara el menor dolor y sin que recobrará un instante el conocimiento. A las cinco de la mañana sus amigos el abate Blampignon y M. Barthelemy Saint-Hilaire recogieron su último suspiro.

El cuerpo ha sido trasladado á Paris, donde le preparan á la hora en que escribimos un funeral ostentoso.

Profunda y general ha sido la emocion que ha producido en Paris el fallecimiento de Victor Cousin, sobre todo en el mundo de la inteligencia. El miércoles último al tomar asiento en la cátedra de filosofía que ilustró la palabra de M. Cousin, su sucesor, M. Caro, se hizo intérprete de esta emocion en breves y elocuentes palabras recogidas por los taquígrafos.

«Todos los que leen, todos los que piensan en Francia, dijo M. Caro, acaban de sufrir una pérdida irreparable. Los que escriben ó hablan pierden un maestro, el mas elocuente de los maestros... Si esta muerte imprevista ha excitado fuera de la Sorbona una emocion tan grande ¿qué no será dentro de este recinto? Aquí, en 1829, á los aplausos de la juventud y de la Francia entera, M. Cousin conquistaba la fama de filósofo y de orador que adornará eternamente su sepulcro...»

» Cuando se supriman los incidentes, los detalles, los infinitamente pequeños de la naturaleza humana; cuando se contemple esa ilustre vida en la perspectiva verdadera en que debe contemplarse, se verá que todos sus esfuerzos, todos sus trabajos estuvieron inspirados por una doble fe: la fe en la doctrina del espíritu y la fe en la grandeza de la Francia.

» Al ver que desaparecen uno á uno estos hombres ilustres, ayer M. Ingres, anteayer M. Cousin, reunidos ambos en la muerte como lo estuvieron en la vida por la clásica belleza de su genio y por el culto de lo ideal ¿no hay motivos para creer que la raza intelectual decrece en nuestros dias? Son antepasados admirables que se retiran delante de las nuevas generaciones sin que nadie se presente á nuestros ojos para reemplazarlos. ¿Dónde está hoy la superioridad de las inspiraciones, la novedad de las ideas, el vuelo y altura de las concepciones? ¿Dónde la originalidad y el talento? ¿Dónde la autoridad?...»

Los alumnos, no menos conmovidos que el profesor, contestaron con un aplauso unánime á tan justas y sentidas palabras.

Pasemos ahora á la crónica de teatros.

En el Lírico se ha estrenado esta semana una ópera cómica nueva en tres actos titulada *Deborah*, libretto de M. A. Favre, música de M. Devin-Duvivier, jóven compositor que ganó el gran premio de Roma.

La funcion dió margen á muchos alborotos producidos no porque disgustara la música absolutamente hablando, sino porque el libretto es un tejido de absurdos como no se ha visto jamás en ningun teatro. Es inútil querer analizar semejante argumento: bástenos decir que todo lo dramático causaba risa, y toda la parte cómica daba sueño. Solo Rossini ha hecho obras maestras sobre desatinos de esta especie.

M. Duvivier, que principia su carrera, necesitaba que el escritor le hubiese ayudado, en vez de hacer imposible su obra. Sin embargo, se han reconocido en él excelentes cualidades de maestro, y hay en su partitura dos ó tres piezas que se destacan brillantemente del conjunto. Su flaco está en las voces: M. Duvivier aprenderá sin duda que la voz del artista no debe ser sofocada por la orquesta.

Como si todo conspirase contra él, la empresa del Teatro Lírico, que cuando le parece, pone en escena las óperas con un lujo ostentoso, no ha creído conveniente hacer grandes gastos para *Deborah*, y así, en cuanto á trajes y decoraciones, el espectáculo fué tristísimo.

Entre tanto, en los Italianos hemos tenido una de esas funciones que hacen olvidar la pobreza de cantantes que se observa este año en esa escena lírica. Esta funcion era el *Barbero*, con esa Rosina imponderable que se llama Adelina Patti. El efecto que produce es indescriptible. Habíamos creído que despues de la Persiani, la Sontag y la Alboni, no había posibilidad de arrancar un aplauso en el Teatro Italiano de Paris; y sin embargo, debemos confesar que los grandes triunfos alcanzados por las tres mencionadas artistas; no son nada en comparacion del fanatismo que produce la Adelina Patti. El tenor Gardoni hacia de conde de Almaviva, Verger desempeñaba el papel de Figaro, y Zucchini y Agnesi el doctor Bartholo y don Basilio.

Dos novedades se anuncian en este teatro: la primera es

una ópera en un acto del maestro Alary, titulada la *Locanda gratis*, y la segunda es una ópera nueva en tres actos, que se titula *Gelsomina*, libretto de M. de Lauzieres, música de Luigi Bordese. De ambas partituras se habla con entusiasmo.

MARIANO URRABIETA.

### Alboradas. (1)

#### I.

Ti-ti-rulí, dice el silbo,  
Tan-ta-rará, el tamboril,  
Ja-ja-ja, rien los mozos  
Y las mozas ji-ji-ji,  
Y todo es en la arboleda  
Tañer, bailar y reir.  
El sol se hunde melancólico  
Tras las cumbres del Oiz  
Y la campana del templo  
Pone al *árin-árin* fin,  
Que es voz de Dios la campana  
Y del mundo el tamboril.

#### II.

Campanas de Mercadillo  
Cuyas armonías santas  
Me dicen todos los dias  
Al despuntar la alborada:  
«Sal del lecho, sal del lecho  
A ver el sol de tu patria:»  
Campanas de Mercadillo,  
Pedid á la Inmaculada  
Cuyo trono refulgente  
Sobre vosotras se alza,  
Que lleguen siempre á mi oido  
Vuestras armonías santas.

#### III.

En nuestros valles nativos  
Un solitario rincón  
Donde dos castaños verdes  
No dejan entrar el sol,  
Debajo de los castaños  
Una praderita en flor  
Y en la pradera una fuente  
Que nunca el hombre enturbió,  
¡Qué sitio tan delicioso,  
Prenda de mi corazón,  
Para conversar solitos,  
Solitos nosotros dos!

#### IV.

Bramaba el mar tenebroso  
Y declinaba la tarde  
Y el toque de unas campanas  
Sonaba en el hondo valle.  
Yo estaba sobre una roca  
En cuya cóncava base  
Rugían como leones  
Las olas al estrellarse;  
Yo estaba sobre una roca  
Puesto en la palma el semblante  
Y en la inmensidad los ojos  
Y el pensamiento... ¡Dios sabe!

#### V.

Anoche soñé, hija mia,  
Que Dios iba á colocar  
En tu frente inmaculada  
Una corona real,  
Y con la profunda pena  
Con que algunos años há  
Le pedí su santo amparo  
Viéndote, hija, agonizar;  
dije: «no le des, Dios mío,  
Esa corona fatal;  
Dale por vasallo, un hombre,  
Dale por reino, un hogar.»

(1) Llama el autor *alboradas* á estas composiciones y otras de la misma coleccion, porque son como una especie de alboros poéticos que no hacen mas que anunciar débilmente la luz de la poesia.

#### VI.

Ayer, cuando el sol moría  
Tras las cumbres encartadas,  
Pensaba yo en tí, sentado  
Junto á la corriente mansa  
Que nace en Iturrigórrri  
Y muere en el Ibaizábal.  
¡Poco á poco á la corriente  
Se deslizaron mis lágrimas  
Y están ya en el Oceano  
Aquellas gotitas de agua!...  
¡Ay lágrimas de mis ojos!  
¡Ay amores de mi alma!

#### VII.

Tras aquellos montes altos  
Que contemplo con amor  
A todas horas del día  
De pechos á mi balcon,  
Está la casita blanca  
Donde mi cuna rodó.  
Mancebos que el mar cruzásteis  
De vanas dichas en pos,  
¡Cuánto diérais, cuánto diérais  
Por contemplar como yo  
Los montes á cuya sombra  
Vuestra cuna puso Dios!

#### VIII.

Rio Arnáuri, rio Arnáuri  
Que corres al manso Nerva  
Desde Gorbéa y Altube  
Saltando de peña en peña;  
Rio Arnáuri, rio Arnáuri,  
Párate en la anciana Areta  
Y besa los piés á Ochanda  
La de las doradas trenzas,  
Que desde la blanca Algorta  
Hasta Orduña la morena,  
Es la doncella mas linda  
Y mas pura y mas discreta.

#### IX.

Arboledas seculares,  
Mansos rios, claras fuentes,  
Auras puras, montes altos,  
Vallecitos siempre verdes,  
Casas blancas, torres negras,  
Mares agitados siempre,  
Paz y alegría en las almas,  
Santo sudor en las frentes,  
Esto inspira mis cantares  
Y esto mi Cantábria tiene.  
Si me pierdo, que me busquen  
Desde Higuera á Finisterre.

ANTONIO DE TRUEBA.

### La Resurreccion.

¿Por qué esa luz mas vívida que el día  
Derrama por do quier divos albores,  
Dando matiz á las marchitas flores  
Y al orbe entero dicha y alegría?

¿Qué dice esa celeste melodía,  
La voz de los seráficos cantores,  
Ese pavor de la ciudad impía  
Y ese abierto sepulcro entre fulgores?

¡Gloria... Aleluia!... El Dios de la Victoria  
Triunfante se alza de la tumba oscura  
La muerte quebrantando con su gloria...

¡Gloria... Aleluia!... canta la natura...  
El hombre al cielo fije su mirada,  
Que esa es su patria, la eternal morada.

JUAN JOSÉ I. RODRIGUEZ.

**Terremoto**

EN ARGELIA.

Una horrorosa catástrofe acaba de sembrar la desolación en una parte de la Argelia, que ya había sufrido tanto con la invasión de langostas y con el cólera.

En la mañana del 2 de enero último se ha sentido en Argel y en muchos puntos inmediatos un violento terremoto. El primer sacudimiento, que duró 17 segundos, tuvo efecto á las 7 y 13 minutos en la dirección del N.-O. al S.-E.

El fenómeno comenzó por un ruido sordo seguido de una serie de oscilaciones bastante fuertes para que temblaran puertas y ventanas como movidas por una tormenta.

Los sacudimientos se repitieron á las 9 y 25 minutos y á las 9 y 36 minutos.



EL AFFROUN, posada Bourheati



EFECTOS DEL TERREMOTO EN ARGELIA.

EL AFFROUN, calle Mayor.

En Argel no ha habido que deplorar ninguna desgracia: todo se ha limitado á algunas grietas en las paredes y á algunos hundimientos de techos en la ciudad vieja. El campanario del reloj del hotel del Tesoro ha quedado deteriorado. Un lienzo de pared de la mezquita de la plaza del Gobierno se ha venido abajo. Las casas de construcción nueva han sufrido poco.

Pero desgraciadamente no ha sucedido fuera lo mismo.

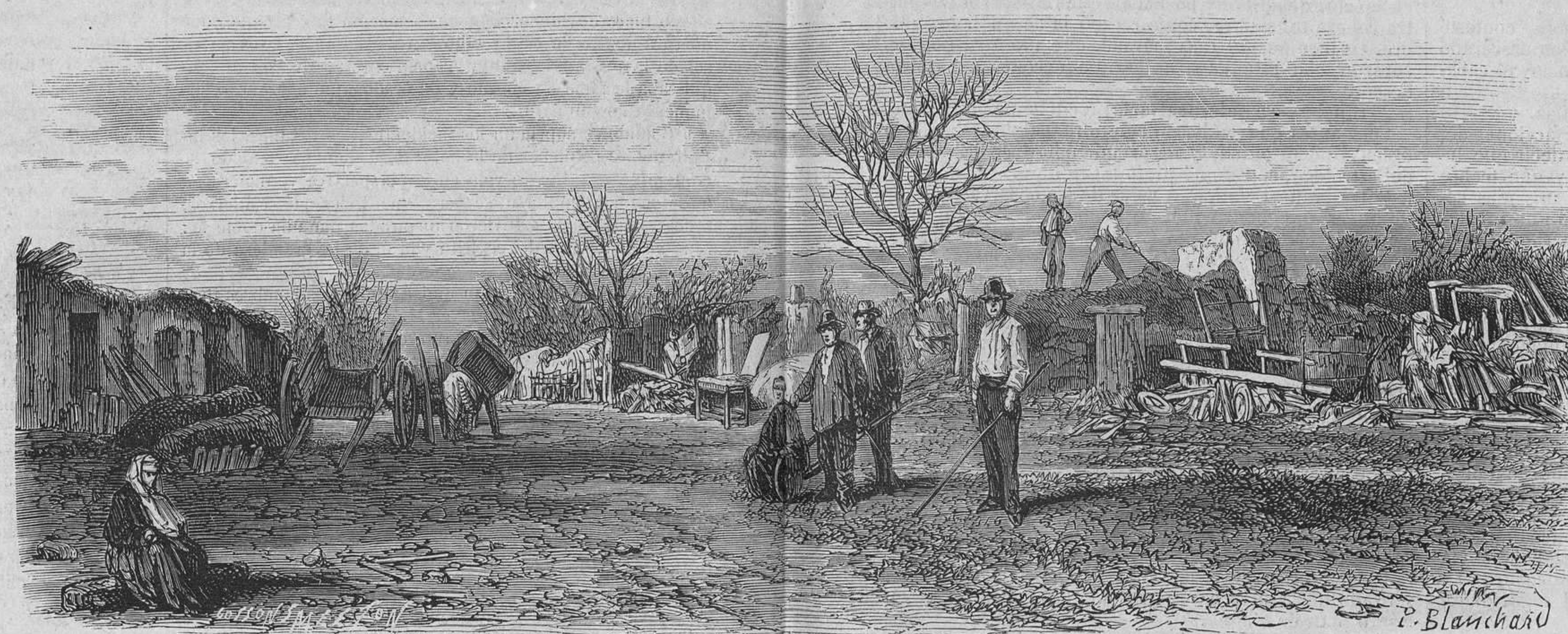
En Blidah el primer sacudimiento fué terrible. Los habitantes espantados tuvieron tiempo para huir á las plazas, desde donde vieron cómo las casas vacilaban sobre sus cimientos. Todos los edificios tuvieron averías y muchos de ellos han quedado completamente destruidos. La catedral ha quedado en pie, pero la solidez de sus muros está tan comprometida



EL AFFROUN, posada de las galeras.



MOUZAIIVILLE, Alcaldía.



MOUZAIIVILLE, calle Mayor, por la parte de Blidah.



MOUZAIIVILLE, Gendarmería.



MOUZAIIVILLE, calle Mayor.

que el domingo siguiente 6 de enero, el servicio divino se ha celebrado al aire libre delante de la iglesia.

A este sacudimiento siguieron otros dos mas débiles, y luego otro casi tan fuerte y que aumentó los daños causados por el primero. Nadie se atrevió á entrar ya en las casas, y no obstante una fuerte lluvia, la población entera se acampó en unas tiendas enviadas de Argel por el gobierno.

En la region situada al mismo pie del Atlas los destrozos han sido mucho mas terribles todavía. Las aldeas tan florecientes de la Chiffa, de Ban Roumi, están devastadas, y las de Mouzaiville y El Affroun enteramente destruidas.

Las fotografías que reproducimos darán una idea del aspecto desolado de estos montones de escombros.



MOUZAIIVILLE, casa Urbain.

En estas dos últimas aldeas la conmoción fué tan violenta é instantánea, que en algunos segundos quedó consumada la obra de destrucción. Todas las casas se habían hundido sepultando bajo sus ruinas á sus desdichados habitantes.

En El Affroun murieron diez y ocho personas y sesenta quedaron heridas.

En Mouzaiville se cuentan 48 muertos y mas de cien heridos. De mas de sesenta casas, únicamente la iglesia ha quedado en pie, pero tan deteriorada que no es posible acercarse á ella sin peligro.

El gobierno se apresuró á prodigar los primeros socorros en cuanto tuvo noticia del desastre. Enviáronse instrumentos á todas partes: inmediatamente se comenzó la obra de quitar escombros, y los



MOUZAIIVILLE, habitación Castagnet.





Un instante despues, al acercarse Loupgarou y Caravajia, ya habian desaparecido. Veíase en el muro una puerta secreta entreabierta, lo cual indicaba por donde habian huido los fugitivos.

— ¡Voto á brios! gritó Caravajia al oír que se cerraba aquella puerta con un cerrojo, nuestro enemigo se nos ha escapado.

— ¡Mil truenos! gritó Loupgarou. ¿A dónde conduce ese pasadizo?

Mientras que hablaba, Loupgarou sintió su pierna oprimida como por una tenaza de hierro, y vió de pronto á Elberico que fijaba en él una mirada moribunda.

El desgraciado enano, herido de muerte, habia conseguido arrastrarse hasta él, y aunque la vida se le escapaba con la negra sangre que corría de su herida, animábale el deseo de la venganza.

Dirigiendo la atención del gigante hácia cierta parte del muro, tocó un resorte, y abrióse otra puerta mas pequeña que la anterior. A través de aquella abertura, arrastróse el enano, haciendo una seña á Loupgarou y á Caravajia, los cuales le siguieron sin vacilar.

Apenas habian desaparecido, cuando la puerta por donde Crichton penetrara en la torre, giró de repente sobre sus goznes, y el vizconde de Joyeuse, acompañado de Chicot y seguido de una numerosa escolta, penetró en la cámara.

El favorito de Enrique paseó su mirada en derredor, y su frente se oscureció al ver las sangrientas pruebas del combate que acababa de tener lugar.

— Caballero, dijo adelantándose hácia Gonzaga, que permanecía inmóvil con los brazos cruzados sobre el pecho, tengo órden de S. M. para asegurarme de vuestra persona hasta mañana.

— ¡Prisionero! gritó el príncipe, buscando en vano su espada. ¿Sabéis á quién habláis así?

— Sé solamente que me dirijo á uno á quien tengo por leal caballero, contestó Joyeuse, si bien al mirar á mi alrededor y al ver esas señales de carnicería, me asaltan dudas que no quisiera tener. ¿Queréis pues decirme vuestro nombre?

— Este caballero es el príncipe de Mántua, dijo Catalina, y en consecuencia, nada tiene que ver con la órden del rey.

— ¡Vive Dios! gritó el vizconde, esto me honra en alto grado; pero os engaÑais, señora, pues la órden del rey le concierne lo mismo que á los demás.

— Caballeros, añadió, confío á S. A. á vuestra guarda, y con esto queda cumplido mi encargo. ¿Podré ahora preguntaros dónde se halla el caballero Crichton?

— No teneis necesidad de aseguraros de su persona, caballero, repuso Catalina sonriendo; mis guardias os han ahorrado este trabajo.

— ¿Cómo, señora? preguntó el vizconde estremeciéndose.

— Oigo gritos y ruido en la galería, interrumpió Chicot, y me parece que una de las voces es la de Crichton; volemos á su ayuda, señor vizconde.

— Príncipe, gritó Joyeuse, me respondeis de la vida del caballero Crichton. En su duelo con vos me ha elegido por padrino, y os juro por san Pablo, que si ha perecido asesinado á vuestros ojos, os proclamaré por cobarde y traidor en todas las cortes de la cristiandad.

— Señor vizconde, es una fortuna para vos que vuestras amenazas se dirijan á un prisionero, repuso Gonzaga con arrogancia; pero ya llegará el momento en que me dareis explicación de vuestras sospechas.

— Y á mí también, añadió Catalina con altivez. Señor vizconde, os mando que os retireis con vuestra gente, si no queréis incurrir en mi mas profundo desagrado.

— Señora, contestó Joyeuse con orgullo, soy el representante de S. M., y tengo plenos poderes para buscar y detener al príncipe de Mántua y al caballero Crichton. Vos dareis cuenta de este último á Su Majestad.

— ¡Socorro, socorro! gritó Chicot. Oigo una voz de mujer.

— Mi hija, exclamó Rugieri.

— Apoderaos de ese bribon, dijo el vizconde señalando al astrólogo con su espada. Seguro estoy de que tiene una gran parte en este siniestro suceso. Ahora, señores, sígame el que pueda. ¡Montjoie y san Dionisio! ¡Adelante!

Y al decir estas palabras, lanzóse el vizconde por la estrecha galería, y desapareció con rapidez en una negra y tortuosa escalera, donde se oía distintamente un ruido confuso mezclado de gritos y juramentos.

## XIX.

### LA COLUMNA DE CATALINA DE MÉDICIS.

Enfrente de la calle de Viarmes, y apoyada sobre un muro circular, se ve aun en el día una elevada columna de órden dórico ricamente adornada, y cuyo aspecto lleva en sí el sello de la mas remota antigüedad.

La base de dicha columna está baÑada por una fuente; en su parte superior se ve un cuadrante solar, y la cúspide se halla sobrepuesta por una extraña jaula de hierro esférica, objetos todos cuya construcción no parece ser tan antigua como la de la torre.

Segun la tradición, aquel era el observatorio de Catalina de Médicis y Cosme Rugieri, y allí también, segun dicen, era donde la reina leía en el gran libro estrellado del cielo los destinos de la inmensa ciudad extendida á sus piés,

Asegúrase asimismo, que en aquella torre fué donde Rugieri aprendió la ciencia que le permitia apartar los peligros que amenazaban á su señora, consolidando su poder.

La columna de que hemos hablado, es el único vestigio que aun existe del magnífico edificio conocido con el nombre de palacio de Soissons, y por mas que su historia sea notable, no nos detendremos á referirla aquí; solo si diremos, para la mejor inteligencia del lector, que la elevación de la columna de Catalina de Médicis era de mas de cien piés, y que su diámetro cubria un espacio de nueve.

Volvamos ahora á nuestra historia.

Cuando Crichton y la veneciana desaparecieron por la puerta secreta, dirigiéronse durante algunos momentos á lo largo de una galería estrecha y baja, practicada evidentemente en el espesor del muro.

Llegados á cierto sitio que parecia ser la parte mas elevada de dicha galería, detuviéronse para tomar aliento.

La profunda oscuridad que les rodeaba no les permitia descubrir si habia otro paso para salir de aquel laberinto, y mientras reflexionaban sobre el partido que era preciso tomar, Crichton manifestó á su hermosa compañera lo muy agradecido que estaba por su oportuno socorro.

— Sin vos, dijo, hubiera perecido á manos de los asesinos de Catalina. Os debo la vida por segunda vez, hermosa Ginebra. ¿Cómo podré recompensar tanta abnegación?

— Permiéndome que sea vuestra esclava, exclamó la jóven con acento apasionado, y llevando á sus labios la mano del caballero, que bañó con sus lágrimas. Solo os pido que me permitais permanecer siempre á vuestro lado.

— No os separareis jamás de mí, contestó Crichton con ternura, estrechando á la jóven contra su corazón.

— ¡Santa Madona! exclamó Ginebra sobresaltada, me parece que se acercan nuestros enemigos.

En el mismo instante Crichton oyó ruido de voces y pasos que se acercaban.

— Aquí debe haber otra salida, pues la cámara comunica, segun creo, con el observatorio de la reina, exclamó la veneciana. Recuerdo haber sido arrastrada hace algunas horas á un sitio como este, por ese hombre que se dice falsamente mi padre. Cada muro de esta terrible torre se halla perforado por pasadizos secretos. Avanzad, caballero, y encontrareis, á no dudarlo, la salida.

Con la mano extendida, Crichton avanzó con rapidez á lo largo del muro, y no tardó en descubrir un pasadizo. Su pié tocó una salida, y lleno de gozo gritó alargando el brazo hácia la jóven:

— Venid, Ginebra; nos hemos salvado.

Pero la jóven acababa de ser cogida por una vigorosa mano, de que no podia desprenderse, y en el mismo instante se vió en poder del vengativo enano. Con una fuerza sobrenatural, el pequeño monstruo arrolló el cuerpo de la jóven y la hizo caer en tierra, despues de lo cual, á falta de un arma, trató de rasgar con sus dientes el delicado cuello de Ginebra, quien experimentó un dolor agudo.

En tan crítico momento, y cuando ya se creia perdida, sintióse en libertad, y el monstruo rodó por tierra como una masa inerte.

El puñal de Crichton acababa de libertar á la jóven de su enemigo, y con férreo brazo la llevó á la parte mas alta de una pequeña escalera, en el momento en que Loupgarou y su banda les iban á los alcances.

El gigante, que habia oído la lucha entre Ginebra y Elberico, y el ruido que produjo el cuerpo de este al caer, se lanzó de un salto hácia adelante, pero llegó demasiado tarde para apoderarse de su presa, y tropezando con el cadáver del enano, encontró el paso cortado.

Murmurando sordas imprecaciones, comenzó Loupgarou á subir la escalera de la columna, y despues de cuarenta ó cincuenta escalones, divisó un pálido reflejo que penetraba por una estrecha ventana.

— ¡Vive Dios! gritó Loupgarou al percibir por aquella angosta abertura los jardines del palacio de Soissons, visibles á la incierta luz de la luna, oculta por las nubes; estamos en el observatorio de S. M., y hé ahí los jardines reales, y mas abajo las viejas torres de San Eustaquio.

— A fe mia que dices la verdad, repuso Caravajia adelantando la cabeza y mirando á su vez. Este debe ser el edificio que he visto tan á menudo con la jaula donde, segun dicen, tiene Rugieri encerrado á Satanás. Mil veces he visto á ese maldito Elberico, cuyo cadáver hemos dejado al pié de la escalera, ejecutar arriesgados ejercicios en esas barras de hierro, y si mal no recuerdo, debe haber ahí una cuerda, por medio de la cual se lanza en el espacio balanceándose como un mono, con gran asombro de los transeuntes, que le contemplan mudos de terror. ¡Ah! ¿qué significan ese clamor y ese choque de espadas? Vamos á verlo, camarada.

— Poco á poco, replicó el gigante deteniéndose para tomar aliento; no tenemos necesidad de darnos tanta prisa, pues estamos seguros de que nuestro escocés se halla en la torre, y siendo así, con seguridad se puede contar con su cabeza y nuestra recompensa.

— Concedo consequentiam, repuso Caravajia; pero avanzemos, pues pudiera suceder que se escapase el pájaro. ¡Ah! ¿oyes esa detonación? Alguno le ha descubierto; vamos, sube aprisa.

El gigante continuó su ascensión: una segunda tronera, y despues otra le dejaron ver á qué altura habia

llegado, y al fin, su enorme cabeza se halló en contacto con una trampa que habia en la cúspide de la columna, pero que estaba cerrada por fuera.

Aquella era una nueva dificultad para los perseguidores de Crichton; pero de ello se alegró interiormente el gigante, que á pesar de su estatura y de sus músculos, era en el fondo un poco cobarde, como todos los hombres de grandes proporciones, y no tenía muchos deseos de batirse.

Apoyando los hombros contra la puerta de la trampa, esta cedió al primer esfuerzo del gigante, que pasó por ella seguido de sus camaradas. ¡Cuál no sería la sorpresa de Loupgarou, ó mejor dicho, su alegría, al ver la plataforma desierta! Su furor se aumentó en razón de la ausencia del peligro.

— ¡Hola, amigos, rugió Loupgarou, hemos sido burlados! Ese Crichton ha hecho sin duda un pacto con el demonio, que le habrá facilitado alas para volar. ¡Voto á brios! vamos á quedarnos sin recompensa.

— ¡Eh! diablo, ya veo de qué medio se ha valido, añadió Caravajia.

Volvamos ahora al escocés y á su preciosa carga. Crichton habia subido rápidamente la escalera de la columna. Llegado á la cúspide, colocó dulcemente á Ginebra en la plataforma, y con la daga en una mano, se dispuso á herir al primer enemigo que se presentase á la vista.

El aire fresco reanimó á la veneciana, que trató de levantarse, pero sus esfuerzos fueron inútiles.

En aquel momento oyóse un grito: era la voz de Blount llamando á su perro, y al oírlo, Crichton lanzó una exclamación de alegría al pensar que el paquete de cartas estaria ya en poder de Esclarimonda.

Apenas acababa de hacer esta reflexión, oyóse una detonación de arcabuz, seguida de un clamoreo, entre el que era fácil distinguir las voces de Blount y de Ogilvy.

Siguióse despues un choque de espadas, y no pudiendo ya Crichton resistir al deseo de mirar á los combatientes, se inclinó sobre el borde de la columna para ver lo que pasaba.

El intrépido Blount se batía desesperadamente con varios hombres ocultos entre los árboles, mientras que su fiel Druida se revolvia furioso esparciendo el terror entre los enemigos de su amo.

La banda de Crichton no sujetaba ya el cuerpo de Druida. ¿Quién la tendria? ¿Se habria acaso perdido?

El caballero dirigió en torno suyo una mirada de desaliento; pero de repente sus ojos se fijaron sobre una gruesa cuerda sujeta á una de las barras de hierro que componian el hemisferio que le rodeaba.

(Se continuará.)

## El salvamento del Arauca.

El 25 de noviembre último, el vapor-posta *la Guyana*, de la Compañía general trasatlántica, llegaba á Puerto de España, cuando su capitán M. Vollet, alférez de navío de la marina imperial, recibió aviso de que un buque inglés, *el Arauca*, de Glasgow, hacia señales pidiendo socorro, pues zozobraba á una docena de millas al N.-E. de la isla de la Trinidad.

El comandante Vollet se dirigió al *Arauca* y poco despues, gracias á su feliz maniobra, y gracias también al inteligente concurso que encontró en todo el personal de su bordo, podía responder del salvamento, y los dos buques, el uno remolcando al otro, volvian á tomar el camino de las bocas del Dragon.

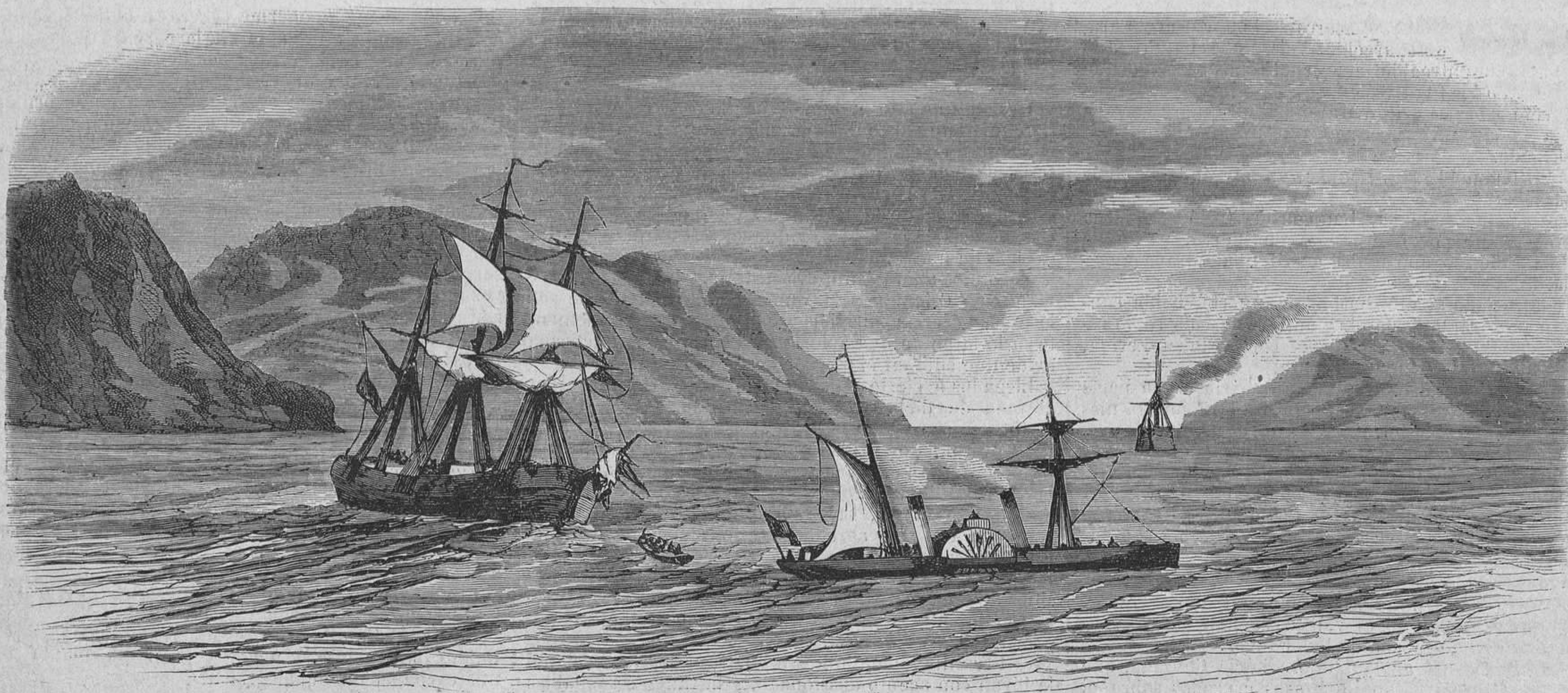
Un buque de guerra inglés, *la Gaunel*, que por causa de su máquina no habia podido auxiliar al *Arauca*, aparejó en cuanto pudo y se fué á su compatriota, llegando á él en el momento en que este, mediante su pabellón, se declaraba salvado. De todas maneras, hubo una lucha de velocidad por socorrer al que zozobraba. Algunas horas despues *la Guyana* volvia triunfante á Puerto de España, y á poco rato el vapor-posta proseguia su navegación hácia Cayena.

A. DE S. E.

## La Choza,

POR A. ROLLAND.

Augusto Rolland pertenecía á la pequeña escuela de Metz que reconoce por jefe á M. Marechal, y que figura honrosamente en las exposiciones francesas desde hace muchos años. De 1839 á 1846 expuso cuadros que los criticos mas autorizados de aquel tiempo se apresuraron á señalar á la atención pública; pero en el momento en que tocaba á la plenitud de su talento, Augusto Rolland pareció sustraerse voluntariamente á la fama. Encerró su vida en la apacible oscuridad de su aldea de Remilly, donde pasó desde entonces mas de veinte años ocupado únicamente en pintar su pais natal, en embellecerle y en hacer dichosos á los que vivian á su lado. Sus obras no salian de su casa sino para ir á Metz á recoger los testimonios de una simpatía creciente; y si solia venderlas, era para dotar á los pobres de su



Salvamento del *Arauca*, de Glasgow, por el vapor francés *la Guyana*.

*El Arauca.*

*El bote de la Guyana.*

*La Guyana.*

*La Gaumet,*  
*corbeta de guerra inglesa.*

pueblo ó para añadir á las fachadas de los edificios públicos el lujo de un poco de color ó de piedra esculpida.

El recuerdo de este artista amable y tan hombre de bien merecía traspasar los límites en que se habia confinado; y por este motivo se han reunido en un album los principales de sus dibujos al pastel que, como verán nuestros lectores por el de la *Chozza*, merecen seguramente los honores de esta reproduccion. En estas va-

riadas composiciones, donde se manifiesta la feliz fecundidad de una imaginacion fácil, lo que domina son los sitios rústicos, laderas de los bosques, orillas de estanques, praderas de líneas vagas bajo un cielo cargado de brumas. El capricho del artista ha sembrado en estos paisajes manadas de vacas, bandadas de cigüeñas, así como tambien lobos, zorros y jabalíes; y el autor conoce tan perfectamente las formas, la traza y costumbres de cada especie, sabe dar tan bien á cada animal

los accesorios propios, que se ha podido consagrar el rasgo principal de su originalidad diciendo que « supo crear entero y verdadero el paisaje de los cazadores de la Lorena. En la *Chozza*, el artista ha trazado con el lápiz y el color un sueño de poeta, esto es, la techumbre de paja, el humo perezoso, los densos árboles, el aire inmóvil como el cielo, y toda la naturaleza adormecida, digámoslo así, en una serenidad indolente.

A. L.



*La Chozza*, por M. Augusto Rolland.

J. L.

**La torre**

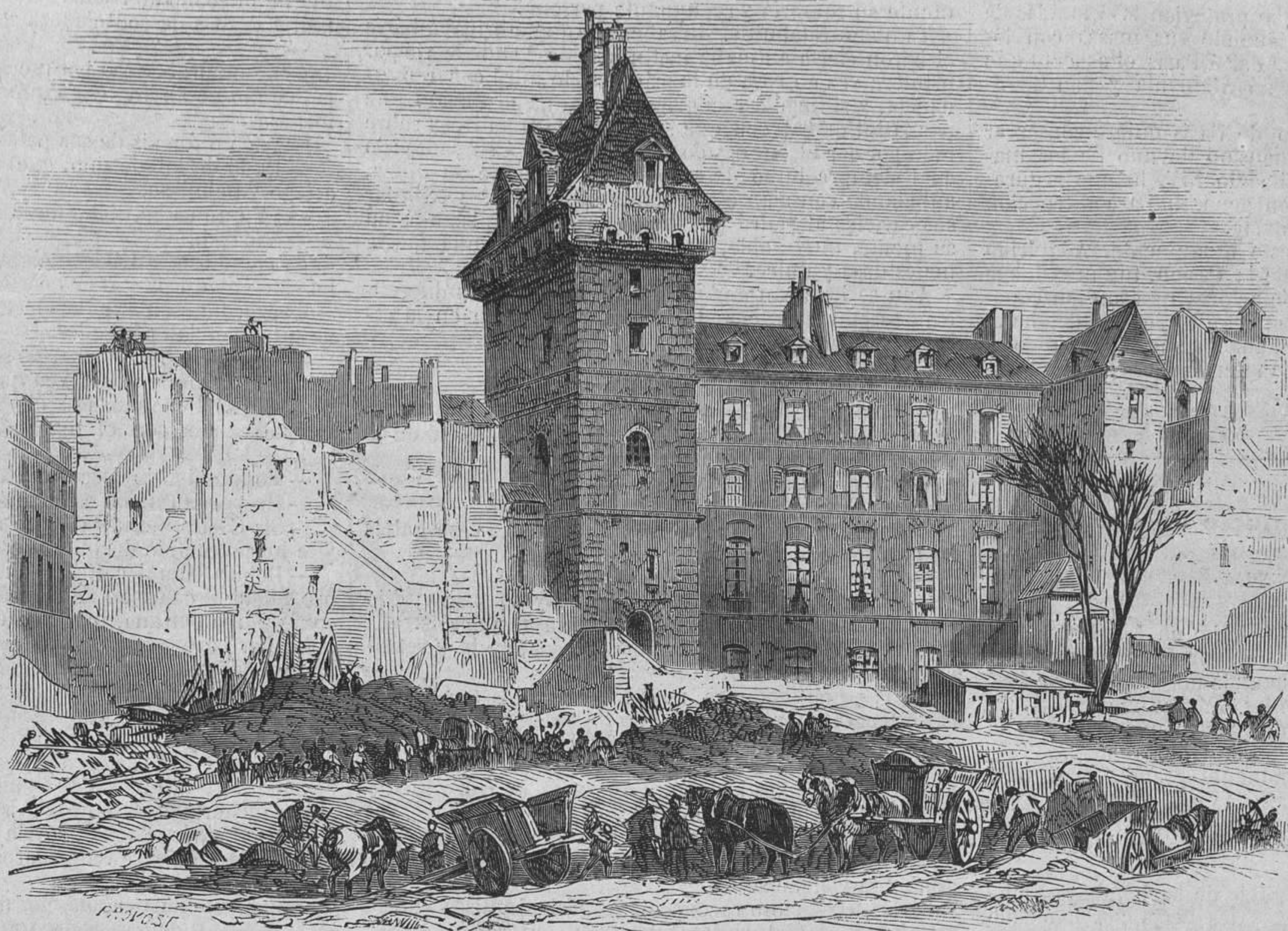
de los

DUQUES DE BORGÑA.

Las demoliciones que se acaban de hacer en Paris para abrir la calle de Turbigo, han puesto á descubrimiento la torre que se ve representada en nuestro dibujo. Esta torre es todo lo que queda del antiguo palacio que los duques de Borgoña poseian en Paris, y su construccion se remonta á la época del duque Juan sin Miedo.

Efectivamente, el cepillo de carpintero que el duque habia tomado por emblema, en oposicion al baston nudoso que habia adoptado el duque de Orleans, se ve esculpido en el tímpano de una de las ventanas.

Una ancha escalera de caracol ocupa una parte de esta torre, cuyas salas abovedadas, divididas hoy en varios



Demoliciones de Paris : La torre de los duques de Borgoña, llamada de Juan sin Miedo.

pisos, llenan lo restante. No salieron de ahí los asesinos que el 23 de noviembre de 1407, cometieron el crimen de la calle Barbette del que resultaron tantas desgracias para la Francia; pero si bajó esos escalones el instigador de la muerte del duque de Orleans.

La columna en cuyo derredor se halla la escalera remata en un capitel muy sencillo; pero este capitel sirve de sosten á una caja redonda de piedra, rodeada de tres arcos dobles, de donde se lanzan los vigorosos vástagos de una encina cuyas ramas describen cuatro través de ogivas llenas de follajes, » segun dice el baron de Guelhermy en su *Itinerario arqueológico de Paris*.

Como puede verse, la torre del hotel de Borgoña ha conservado las vigorosas molduras de sus ventanas ogivadas, así como las buardas del muro de ronda



Aspecto de la galeria incendiada del Palacio de cristal de Sydenham.





tan pródigamente dispersaba, enterándose por su conducto de cuantas noticias la interesaban relativas á las costumbres de la familia y á las interioridades particulares de la casa.

Su odio mas encarnizado era contra Honorata, porque disfrutaba un título y unas riquezas que ella tanto ambicionó desde su infancia, y por cuya posesion hizo sufrir á su infeliz hermano, abuelo de Honorata, un destierro penosísimo é inmensos padecimientos.

Por eso todo su anhelo y su principal móvil era llorar la muerte de la infeliz niña, ó hacer que desapareciese de la sociedad, usando para ello todos los medios que la sugeria su infernal imaginacion, siquiera fuesen los mas viles y despreciables.

Tambien aborrecia de muerte á la marquesa, porque tuvo la fortuna de inspirar á Rogelio un amor tan violento como profundo, por lo cual aun despues de tantos años, sentia unos celos furiosos, envidiando la inalterable y dulce paz que disfrutaban los dos esposos.

Se propuso á todo trance vengarse de aquellas personas que la habian hecho desgraciada, y recobrar de cualesquiera manera el título de condesa del Palancar que la pertenecia de derecho, faltando Honorata. En este concepto seguia siempre su idea, veíasela



El conde Goluchowski, nuevo gobernador de la Gallitzia.

constantemente en el palacio de Pinares, apareciendo en él como una de la familia y logrando á fuerza de astucia y fingimiento, captarse la confianza y el cariño de las victimas que pensaba sacrificar, logrando de este modo que, en caso de un atentado, no recayesen en ella las sospechas.

De toda la familia, únicamente doña Juana la miró siempre con prevención, siéndole tan odiosa su presencia, que no tenia inconveniente en manifestárselo, haciéndola mas de cuatro veces morderse los labios de despecho.

Oigamos la conversacion que sostenian, y ella nos dará algunos pormenores necesarios para el curso de nuestra historia.

Doña Juana, impertinente como siempre, hizo ir y venir á Graciana varias veces, rechazando un objeto que instantes despues volvia á pedir.

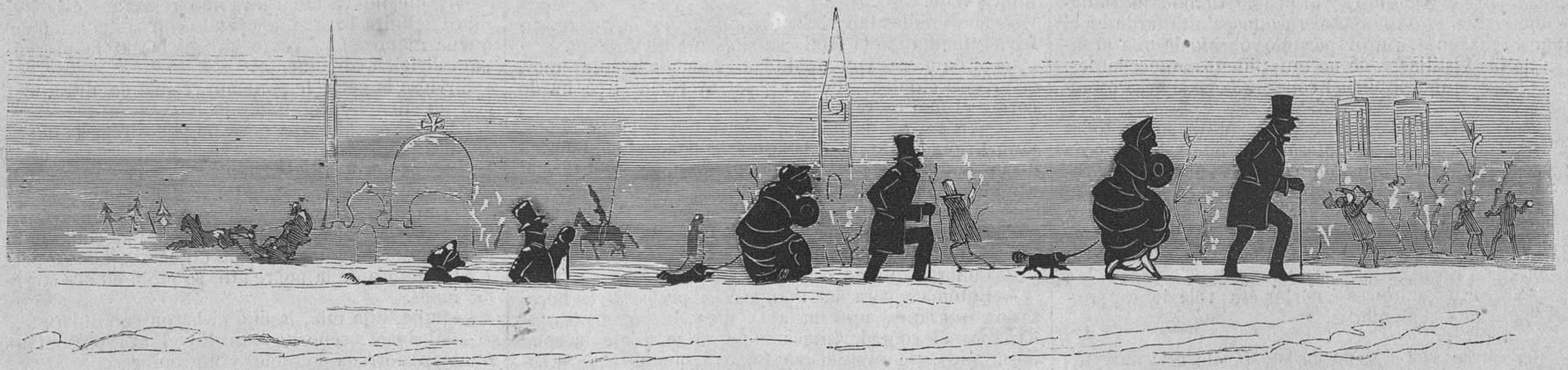
Luego mandó la sentasen en la cama, y rodeándose de sus hijos, de Flora y de Honorata, exclamó:

— ¡Gracias á Dios que tengo el gusto de que esteis á mi lado una noche siquiera!...

— ¿No nos teneis siempre, madre mia? dijo Rogelio.

— No por cierto; apenas os dignais asomar la cabeza alguno que otro dia, y en particular

### DIVERSIONES DEL INVIERNO EN PARIS.



La nieve.



El hielo.

tu mujer, nunca permanece una noche entera conmigo.

— Porque tenemos necesidad de asistir á las reuniones y convites que son imprescindibles, cumpliendo con los deberes que nos impone nuestra posicion y muchas veces con los de la amistad.

La marquesa al decir esto, miró á Flora.

Esta comprendió aquella mirada y se apresuró á exclamar:

— Y á veces tambien los compromisos los alejan de vuestro lado; por ejemplo, esta noche me los llevo al teatro, es una exigencia mia, á la que tienen que acceder ó disgustarme.

— ¡Ya lo creo! refunfuñó doña Juana. Habeis sido siempre tan exigente como imperiosa, y no es extraño que conservando el carácter de vuestra juventud, venga hoy á imponer ese dominio en el seno de mi familia, y á turbar su tranquilidad.

— ¡Señora! murmuró la baronesa mordiéndose los labios con despecho.

— No os ofendais, Flora, se apresuró á decir la marquesa; mamá tiene esta noche humor para chancearse, y yo me alegro, porque es una prueba de que se encuentra bien.

— En verdad que sí, añadió Rogelio por evitar la brusca contestacion que preveía en los labios de su madre; desde que estais enferma, nunca os he visto con un semblante tan animado; ¿quereis levantaros mañana y os bajaremos al jardin en vuestro gran sillón de ruedas?

— Y por cierto que aun no ha estrenado el que le trajeron últimamente de Paris, dijo la marquesa.

— Y que no decís mal, con eso le estrenaré mañana, porque en efecto, hoy he tenido un buen dia.

Flora se habia retirado con Honorata al gabinete, donde trataban del adorno que las convenia llevar al teatro.

Doña Juana, tendiendo una mirada hácia el diván donde estaban sentadas, dijo á Rogelio sin cuidarse de bajar la voz, por lo cual pudo oirlo muy bien la baronesa.

— Si os vais al teatro, id pronto y quitadme á esa arpa de mi presencia; me es antipática y no quisiera verla á vuestro lado.

(Se continuará.)

### El conde Agenor Goluchowski.

El conde Agenor Goluchowski nació en Scala (Gallitzia). Despues de haber terminado sus estudios en la Universidad de Lemberg, completó su educacion con un viaje á Alemania y á Francia, y tomó la borla de doctor en leyes en Lemberg (1836). Casi inmediatamente despues entró en la administracion de esta ciudad. Consejero de regencia en 1848, fué, en esta época, nombrado alcalde como por aclamacion de la opinion pública y confirmado en estas funciones por el gobierno imperial. El alcalde precedente, M. Festenberg y el conde Stadion, gobernador de la provincia, habian de-

jado el pais por temor á la revolucion, en tanto que el conde Goluchowski desplegó, por el contrario, en un cargo difícil, mucha energia y tacto, y el año siguiente fué nombrado lugarteniente del emperador en Gallitzia. Contrariado en sus miras por los ministros de entonces, M. de Bach y M. de Thun, pero sostenido por la benevolencia personal del emperador, supo hacer al pais notables servicios, sobre todo reclamando y empleando en empresas de utilidad pública ciertas fundaciones nacionales á que se habia dado otro empleo hasta entonces.

En 1839 el conde Goluchowski fué llamado á Viena y nombrado ministro de Estado, habiendo tenido la honra de inaugurar el primero en Austria el sistema constitucional. El diploma de octubre, que puede considerarse como la Magna Charta austriaca, es obra suya.

Habiéndose retirado del poder en 1860, se fué á vivir á Gallitzia con sus compatriotas. Nombrado miembro de la Cámara de señores por el ministerio á cuya cabeza estaba M. de Schmerling; no tomó ninguna parte en los trabajos de esta asamblea, y parecia haber renunciado á la vida pública, cuando en 1863 fué elegido diputado á la dieta de Gallitzia por la ciudad de Lemberg y por otros cinco distritos electorales. Esta gran manifestacion de la confianza pública le ha designado á la eleccion del emperador para el cargo de lugarteniente en Gallitzia, al que acaba de ser llamado por segunda vez, y en el que tiene dadas ya nuevas pruebas de la firmeza así como del espíritu de justicia y conciliacion de que se muestra siempre animado.

A. L.